

ATAUD PARA TI

DONALD CURTIS

FBI



ATAUD PARA TI

DONALD CURTIS



FBI 757

Primera edición
EDITORIAL ROLLAN, S. A.

Título del original, en inglés:
A COFFIN FOR YOU

© EDITORIAL ROLLAN, S. A
Amaro García, 17 Madrid-5 España

Número de Registro: 4.987-64
Depósito Legal: 5.705-1965

Printed in Spain
Rafael F. Carasa. Impresor.
José Bielsa, 4. Madrid-19

Últimas obras publicadas de DONALD CURTIS nuestras colecciones:

Colección RURALES DE TEXAS:

Núm. 44. —La marca de la sogá.

»72. —El juez Lynch.

»77. —Los vigilantes.

Colección F.B.I.:

Núm. 710. —¡Atentado!

»715. —El gato y la pelirroja.

»727. —Sobornados.

Colección GANGSTERS:

Núm. 160. —La herencia de los 30.

»171. —Ojos de hielo.

»181. —Los rostros de Caín.

Colección PATRULLA DE COMBATE:

Núm. 125. —¡Resistencia!

»129. —Ulises 42.

»134. —Soldados azules.

Colección CORNILARGO:

Núm. 1. —Río del arco iris.

Colección OESTE:

Núm. 196. —Matar es mi ley.

Colección PANZER DIVISION:

Núm. 1. —Führer-Bunker.

FBI



FR

Capítulo



ES un invierno muy frío. El más frío que he conocido—había dicho Barry Aubrey, al abrir la puerta vidriera, en medio de un aullido de viento y un remolino de sucia nieve.

Nadie se lo discutió. Aubrey cerró la puerta con un golpe seco y se quedó mirando a los escasos concurrentes dispersos por la barra y las mesitas del parador de carreteras.

—Sí, señores, un invierno muy frío—insistió Aubrey, como si no le hubieran oído o tuviera que convencerse a sí mismo, obviamente, de lo duro de la estación. O tal vez en espera de que alguien dijese alguna cosa, favorable o adversa a su criterio.

—De acuerdo, Barry—respondió por fin el barman, volviéndose hacia la barra con dos platos de salchichas calientes, salsa de tomate, lechuga y bacon—. Hace una noche de perros. Y el invierno es muy frío. No necesitas andar repitiéndolo como un disco rayado, por todos los diablos. ¿O crees que los demás no somos de carne y hueso?

El camionero rezongó algo, sacudiendo la nieve acumulada en su pelliza de cuero y en su gorro de lana, derramando lastimosos copos sucios por el suelo. El encargado de la barra suspiró, meneando la cabeza, y puso los platos calientes ante dos personas sentadas a la barra, dos jóvenes de diferente sexo, que parecían muy amartelados entre sí.

—Sus salchichas—dijo el encargado, con apatía—. ¿Qué van a beber?

—Café—dijo él.

—Café—replicó ella, sin dejar de mirarse ambos a los ojos, las manos entrelazadas.

—Café—rezongó el encargado, yendo a servirlo, con paso lento.

Aubrey se encaramó a uno de los taburetes y señaló la cafetera que bullía sobre la superficie de baldosines inmediata a la ventanilla de la cocina.

—Café también para mí—pidió—. Y muy caliente, Tab.

Tab asintió. Levantó la cafetera eléctrica y derramó café en tres tazas. La infusión caliente y oscura humeaba agradablemente. Barry Aubrey suspiró, aliviado, frotándose las manos para entrar en calor.

—Las carreteras están impracticables—dijo de pronto—. No sé cómo aún quedamos locos que transitamos por ellas en noches así.

Le miraron todos. Incluso la parejita del mostrador. En las mesas, Aubrey descubrió la presencia de un muchacho de color, solitario y pensativo frente a su café con leche y tostadas con mantequilla. Más allá, una pareja de mediana edad que parecía discutir sobre el mal rendimiento de su coche en trayecto. Y, por fin, una chica sola, cruzada de piernas, con un traje de raso negro adornado con detalles rojos, pelo tan rojo como los adornos, medias oscuras y escote muy amplio. Demasiado para una chica decente. Leía una revista cinematográfica mientras se embadurnaba innecesariamente los labios, ya muy cargados de «rouge», y sobre la mesa tenía un bolso de charol con las iniciales L. L. en metal niquelado, muy grandes y de dudoso gusto.

Eso era todo en el parador. La pareja de personas de edad mediana debía tener coche. Aubrey recordó que vio uno allá afuera, parado bajo la marquesina de la «road house». Los demás, incluidos los tórtolos del mostrador, debían de estar aguardando la llegada del autobús que les condujera a la ciudad. Lo de siempre, meditó Aubrey, que era un veterano de las rutas, de los paradores y de todo aquello que formaba el tema cotidiano de su vida de conductor de camiones.

—¿Qué transportas hoy, Barry? —preguntó Tab, sirviéndoles el café pedido—. ¿Hielo?

Y soltó una risa, divertido por su chiste. Aubrey arrugó el ceño y emitió un suspiro.

—Dios me libre, amigo. Ya hay bastante hielo en el asfalto. Parecen pistas en todo lo que abarca la vista. Pero tengo que seguir adelante. La mercancía no admite esperas, o llegaría averiada a su destino, y yo perdería mi puesto en la compañía. Así son las cosas en mi cochina profesión, Tab.

—No te quejes, Barry. Todos tenemos nuestros problemas en el trabajo. Ahí tienes el autobús. Lleva ya dos horas de retraso. Posiblemente tarde todavía dos más en llegar.

—¡Dios mío! —el joven tórtolo giró la cabeza bruscamente hacia ellos—. ¿Será posible eso?

—¿La tardanza? —Tab, el «barman», se encogió de hombros—. Tenga en cuenta que no todos los conductores son como Barry Aubrey, que se atreve a cruzar el hielo con su camión. Los autobuses deben circular hoy muy mal. No creo que llegue antes de las nueve y media o las diez.

—¡Oh, no! —se lamentó ella—. ¡Son solamente las siete y media! ¡Si tarda tanto perderemos una fecha!

—Todos perderemos una fecha, jovencita—resopló Aubrey—. O la vida en la carretera...

—Pero... pero es que nosotros... tenemos que casarnos. Y el juez de paz... nos espera. Sólo hasta las nueve.

—¿Un juez de paz de Syracuse?

—No, no. Uno de Utica.

—Oh, Utica... —Aubrey se miró el reloj—. Yo llegaré a Utica antes de las nueve.

—¿De veras?

—Sí, seguro. Debo continuar viaje enseguida. Si quieren puedo llevarles hasta allí, si el autobús continúa sin llegar.

—Sería magnífico, gracias—los ojos de ambos jóvenes brillaron vivamente.

—Pues no se hable más—señaló los platos—. Acaben su cena y en marcha, muchachos... Bueno, supongo que son mayores de edad, ¿no es cierto?

—Pues... no; no lo somos—confesó el joven, enrojeciendo ligeramente—, Pero llevamos papeles en regla, autorización paterna y todo eso.

—Bien, allá el juez con eso—Aubrey se encogió de hombros—. Yo les llevo hasta Utica, eso es todo.

La parejita de tórtolos se miró con renovada vitalidad. Eran muy jóvenes, ciertamente. Aubrey hubiera sabido que mentían como lo hubiese sabido cualquier otro en el caso de que ellos insistieran en declararse mayores de edad. El joven, muy rubio y de mechón que se agitaba al mover la cabeza, sobresaliendo de su amplia frente, no era mucho más alto que la muchacha, morena y esbelta, de graciosa nariz y ojos pardos.

—¿Crees que podrás salir, Aubrey? —dudó Tab, señalando las vidrieras—. Mira eso...

Miró Barry, y miraron los muchachos con nueva inquietud. Ciertamente, las perspectivas eran poco halagüeñas para los viajeros. Nieve golpeando furiosamente las vidrieras del parador y viento huracanado ululando en la oscura noche. A veces el viento era tan fuerte, que las puertas crujían, aunque sin ceder.

Los tórtolos miraron con temor a Barry Aubrey. El camionero sacudió la cabeza resuelto.

—No, muchachos, no teman. Vamos a viajar, aunque eso sea un infierno. Yo no puedo quedarme aquí en medio del camino. Nunca me quedé y hoy no será una excepción.

—Pero puede ser un suicidio, Aubrey.

—¡Bah! —el camionero se encogió de hombros—. Tonterías, Tab. A los buenos conductores nunca nos ocurre nada. Me conozco el camino como la palma de la mano, maldita sea. Aun con ese temporal de todos los diablos...

Tab rió y los jóvenes también, risueñamente. Luego sus manos se oprimieron con calor. Se contemplaron los ojos, arrobados. Era evidente que para ellos no existía nieve, ni viento, ni frío, ni peligros. Sólo la idea de llegar a Utica, de ver al juez de paz. Y de casarse...

—Vamos—dijo, cuando vio que los platos, sólo a medio consumir, revelaban su falta de apetito—. En marcha, hijos. Voy a continuar el viaje...

Los muchachos le siguieron. El hombre de color, la muchacha de las iniciales L. L, y la pareja madura, así como Tab, les vieron salir del parador. Un nuevo torbellino de nieve metió copos en la sala entre aullidos del viento. Dificultosamente cerraron la puerta tras de sí. Se alejaron en la nieve.

Poco después el motor del camión de Barry Aubrey roncaba dificultosamente. Pero sus faros no tardaron en desfilas ante las vidrieras del parador. El «claxon» sonó como un saludo amistoso. Tab sonrió meneando la cabeza.

—Lo que no consiga el viejo león de Barry Aubrey no lo consigue nadie —comentó. Y volviéndose a sus clientes, que le miraban curiosos, añadió—: Estén bien seguros de que llegarán a Utica...

En muchas ocasiones, Tab había acertado en sus predicciones. Siempre trabajó en las rutas automovilísticas del país, especialmente de las de Nueva

York. Pero incluso un hombre como Tab podía equivocarse.

Esta vez se equivocó.

Barry Aubrey no llegó jamás a Utica.

Su camión fue encontrado veinticuatro horas después de haberse precipitado desde la carretera al canal Berge, a menos de tres millas de Utica. La mercancía, en su mayor parte frutos y vegetales para los mercados de la ciudad de Utica, yacían en el helado canal, donde una enorme brecha había engullido al camión.

Dentro de la cabina, el cuerpo de Barry Aubrey yacía sin vida sobre el volante, con la sien hendida por algún rudo, mortífero golpe al producirse el accidente en una difícil curva de la carretera, más peligrosa que nunca cuando la nieve se helaba.

No había más cuerpos dentro de la cabina. Pero una portezuela abierta revelaba que por allí pudieron escapar otros cadáveres arrastrados por la helada corriente del canal.

* * *

El parador estaba muy concurrido.

Había cesado de nevar tres días antes. Todavía muchos trechos aparecían blancos, helados, con la nieve formando compactas formas resbaladizas o festones gélidos en los árboles y las casas. El frío era muy intenso.

A pesar de eso, la gente aún tenía humor para convenciones.

La Convención de los Transportistas del Estado de Nueva York estaba formada por muchos, muchísimos miembros. Aquel autobús repleto de viajeros con destino a la capital de los rascacielos no era sino uno más. Uno entre cientos de ellos que se reunirían en la ciudad de Hudson al día siguiente.

El parador de Chuck Barney, a veinte millas de Kingston, Estado de Nueva York, acogió jubilosamente a los alegres, rubicundos y generosos convencionistas, porque Chuck sabía, por experiencia, que los tipos que van a una convención son normalmente esposos que han obtenido unos días de libertad de su esposa e hijos y están en disposición de gastar sin tasa, de divertirse y de olvidar todo lo que constituye su vida habitual.

Además, con aquel endiablado tiempo, Chuck Barney no contaba con demasiada clientela en tales días. Especialmente aquella tarde había sido desastrosa en ingresos. Su caja no reuniría más allá de seis o siete dólares y unos centavos.

Antes de entrar la Convención en pleno, o al menos los convencionistas de aquel largo autobús parado frente al lugar, Chuck

sólo tenía dos clientes: un hombre y una mujer. Y ambos separados. Eran jóvenes y solitarios. Una chica rubia de ropas oscuras, de rostro muy joven y ojos pardos tomaba café y tostadas con mermelada. El hombre, no muy alto y bastante joven, en una mesa diametralmente opuesta a la de la dama, parecía ocupado en estudiar un grueso libro y anotar difíciles ecuaciones y cálculos matemáticos en un cuaderno de apuntes situado junto al libro. Sólo había pedido café y una tostada. En total, pensaba Chuck Barney con amargura, no más de ochenta centavos de gasto entre ambos. Magnífica recaudación la suya en aquel gélido día invernal.

Y entonces llegó el autobús con el gran cartel de tela anunciando a bombo y platillo la Convención Neoyorquina de Transportistas.

Y entró el obeso, el radiante. Basil Randell, presidente del Grupo Convencionista 23, que viajaba en aquel autobús. Con sus gritos, con sus voces estentóreas agitando un banderín de colores y un emblema grotesco colgado de su solapa.

—¡Cena! ¡Cena para todos, muchacho! —aullaba, impulsivo—. ¡Cena para cuarenta y dos bocas hambrientas y sedientas! ¡Mucha cerveza, muchas salchichas, muchas hamburguesas, mucha ensalada, mucho de todo para la Convención de Transportistas! ¡Pagamos al contado!

Las risas eran joviales, sonoras, ruidosas. Algo molesto, el joven de los cálculos aritméticos se volvió hacia los recién llegados. Pero terminó por sonreír, como si disculpara a los alegres viajeros.

—¡Basil Randell, presidente del Grupo Convencionista Veintitrés, pide puesto! —chillaba el gordinflón saludable, dando puñetazos en el mostrador y ocupando un sitio en el mismo, haciendo crujir el banco con su rotunda humanidad—. ¡Y antes de esa succulenta cena, una buena tanda de whiskies o de «martinis», según lo que cada uno prefiera! ¡Hurra por la Convención! ¡Hurra por todos nosotros! ¡Abajo las esposas esclavistas y absolutas!

Todo eso era coreado estentóreamente también por todos los presentes. El escándalo era formidable en el local. Pero Chuck sonreía, y no pensaba pedir moderación a sus nuevos clientes. Bastante moderación y silencio había habido allí los últimos días, se dijo Chuck Barney. Era llegada la hora del bullicio, de los gritos, de la jovialidad... y del dinero en la caja, claro. El timbrado del mecanismo, al marcar el importe de las consumiciones, era como música celestial para los oídos de Chuck. Sobre todo si había cuarenta y dos consumidores...

—¡Rápido, Joe! —llamó a la cocina—. ¡Cuarenta y dos comidas!

Fue apenas un instante, pero el rostro del negrito asomó, como una grotesca figura ferial, por el boquete de una caseta de atracciones. Los ojos redondos, desorbitados, miraron a Chuck con estupor.

—¿Cómo dijo? —chilló el cocinero de color.

—Cuarenta y dos, Joe. CUARENTA Y DOS—rió Barney—. Y no estoy loco. Es que hay, realmente, cuarenta y dos clientes...

El negrito desapareció con un «¡Cielos!», que expresaba todo su estupor.

En la sala, dos pares de ojos se encontraron, con una mirada aguda, sutil. Dos gestos concretos se entendieron entre sí. Dos asentimientos, casi inapreciables, marcaron el principio de la acción...

El final de esa acción tuvo lugar cuando los cuarenta y dos hombres se alineaban en mesas y mostrador, llenándolo totalmente. Inadvertidamente para la bulliciosa masa, una mano echó el pestillo a la puerta frontal del parador. Otra mano, mucho más esbelta y femenina, pero enguantada como la primera, aplicó el cerrojo a la trasera.

Acto seguido sonó la voz seca, tajante, elevándose por encima de murmullos y risas:

—¡Arriba los brazos todos! Que nadie se mueva... o tiraré a matar.

Capítulo

II

EL doble asesinato del parador de Chuck Ramsay sucedió tres días antes de lo del «Road House Club», a once millas de Albany.

En el parador de Chuck, los muertos a balazos fueron dos: los únicos que trataron de resistir a los atracadores:

Basil Randell, rubicundo presidente del Grupo Convencionista Veintitrés, y el propio Chuck Ramsay, que trató de defender su flamante caja, bien repleta en la última hora. Joe, el cocinero, no había muerto. Pero su balazo en el pulmón derecho no permitía albergar muchas esperanzas. El dictamen médico era de que su situación resultaba desesperada, y posiblemente moriría antes de transcurridas seis o siete horas. Entonces, el asesinato sería triple...

El hielo empezaba a derretirse de las carreteras del Estado de Nueva York, cuando se informó a la Prensa de la muerte del cocinero de color Joe Leavenwater, sin haber vuelto en sí. Duró más de lo que dijeran los médicos que, por suerte o desgracia para sus pacientes, se equivocan con mayor frecuencia de la prevista. Tres días llevó entre la vida y la muerte. Al final, la Muerte ganó la batalla. Como casi siempre ocurre.

El mismo día en que murió Joe y la nieve empezó a formar charcos de agua o de escarcha en los caminos y campos, sucedió lo del «Road House Club»...

* * *

—¿Qué melodía es ésta?

—«Stardust», querida...

—«Stardust»... «Polvo de Estrellas»... Me gusta el nombre. Me gusta

la música, Doug.

—Es bella, sí. Tan bella como la noche. Tan bella como tú, Lissa...

—Oh, Doug, gracias... —se inclinó hacia él, y él hacia ella. Se fundieron sus labios en un contacto ardiente. El abrazo de la pareja se hizo más fuerte.

No eran la única pareja, ciertamente. Muchas más bailaban en la sala, a media luz, entre reflejos indirectos, entre reflectores difusos, azules y rojos, sobre el negro bruñido de la pista oval.

Fuera, más allá de los ventanales curvos del «Road House Club», la carretera y sus luces, el restaurante inmediato, el «New-Yorker Motel», y un enorme anuncio iluminado de la Coca-Cola, formaban como manchas de luz y de color en la noche, sobre el fondo lejano de las luces diminutas, polícromas, de la capital del Estado, la ciudad de Albany.

La orquestina era reducida; solamente cinco músicos. Pero sonaban como un coro angelical. Al menos, para Doug, para Lissa. Y para todos los que eran como ellos...

Iban tan ensimismados, que tropezaron con otra pareja. Se volvió Doug, confuso.

—Perdón—rogó—. No vimos...

—Esta perdonado—sonrió un joven, no muy alto, de aspecto jovial y mechón saliente, algo rubio—. No se preocupe.

—Gracias—musitó Doug, mirando por un fugaz instante a la risueña, menuda muchacha de cabello rojizo, de ojos pardos y breve nariz, que ritmaba, en brazos del desconocido, el compás de la melodía de Carmichael.

Siguieron bailando. Continuó «Polvo de estrellas», como una nube alada de magia y de ensueño, envolviendo en polvillo de melodía y de romance a las parejas jóvenes que se reunían habitualmente en el «Road House Club».

Doug y Lissa fueron a otro extremo de la pista, siguiendo el ritmo de «Stardust». De pronto, ella alzó los ojos. Le miró preocupada.

—Doug, ¿crees que debimos venir hoy aquí? —indagó en un susurro.

—¿Y por qué no? —sonrió él—. Te lo había prometido.

—Sí, ya sé eso...

—¿Entonces...? ¿Ya no te— gusta esto como te gustó ayer mi idea?

—No es eso, Doug. Ayer... ayer no sabía que hoy ibas a ir en primer lugar al Banco.

—¿Y bien...?

—Esos... esos ciento setenta mil dólares que llevas en tu portafolios...

—Chist—sonrió Doug, poniéndose un dedo en los labios—. Nadie sabe ese detalle. No temas, querida. Era una promesa. Entonces, tampoco sabía yo que papá iba a enviarme a esa misión a Saratoga Springs. Creí que sólo debía recoger allí un cheque, no una cantidad semejante en dinero. Pero carece de importancia. El dinero no es peligroso, cuando nadie sabe que uno lo lleva.

—¿Y nadie lo sabe, Doug?

—Claro que no, tonta. Me pagó el sobrino de nuestro socio en Saratoga Springs, el señor Maskell. Sólo él y el cajero, James Garland, saben que me fue entregado ese dinero. Ambos son de fiar, no temas.

—A veces, aunque nadie sepa algo sobre un dinero, Doug... hay peligro.

—¿Peligro? —Doug rió, viendo la expresión inquieta de los grandes ojos de Lissa, su pareja—. ¿Qué peligro, querida?

—No sé. Bandidos, salteadores, atracadores... A veces, buscan diez dólares. Y encuentran diez mil.

—En este caso, serían muchos más—Doug se mofó, abiertamente, de los temores de ella—. Vamos, bailemos. Creo que si seguimos hablando de todo eso, el cochino dinero echará a perder nuestra cita en la carretera... con música de Carmichael.

Siguieron bailando. Pero por poco tiempo. Muy poco.

Todo lo estropeó aquella voz, al tiempo que la orquesta se paraba:

—¡No se mueva nadie! NADIE, ¿entendieron? O al primero que lo haga... le atravesaré de lado a lado...

Todos miraron al estrado. Tenían motivos para hacerlo. Los músicos se agrupaban a un lado. Un hombre, con un pañuelo cubriéndole totalmente el rostro, apuntaba a los reunidos. El pañuelo dejaba ver unos ojos brillantes, a través de dos agujeros, casi dos rendijas. Y el pelo. El pelo crespo, rubio, agitado, sobre el pañuelo que le tapaba hasta la frente.

El arma que utilizaba era una pistola ametralladora de calibre 44. Alguien trató de moverse. Una voz chillona, desde otro punto, avisó agudamente:

—¡Cuidado! Ya le oyeron. ¿O quieren que sea yo quien apriete el gatillo?

Los rostros volvieron ahora a mirar hacia el lado opuesto. Hacia las mesas. Allí estaba la mujer. Igualmente enmascarada. Pero se veía su

pelo rojizo sobre el pañuelo. La mano enguantada de azul oscuro, empuñaba un arma. Una automática presta a disparar...

—Ahora, vayan tirando su dinero, sus alhajas y sus objetos de valor en medio de la pista. Usted, amigo, tire su chaqueta. Sí, usted...

Señalaba ostensiblemente a Doug. Lissa, asustada, trató de aferrarle. El arma se movió, imperiosa. Doug se quitó la chaqueta. La tiró en el suelo de la pista. Miró, sonriente, a Lissa.

—No te preocupes—susurró—. No pasará nada...

—¡No hablen entre sí! —voceó la mujer armada—. ¡Callen y obedezcan pronto! O no quedará nadie vivo en este local...

Comenzaron a obedecer. Dinero, carteras—, monederos, joyas, relojes, pulseras... Todo fue a la chaqueta de Doug. Luego, cada uno se apartaba, iba a su mesa. Por orden siempre de los que controlaban fríamente la situación.

Doug y Lissa se volvieron a su mesa. De pronto, cuando ambos se miraban, tensos, la voz del hombre del estrado de la orquesta sonó rotunda:

—¡Eh, usted! Usted... ese portafolios. ¡Démelo!

Se miraron de nuevo Doug y Lissa. Volvió Doug la cara, asombrado y confuso, hacia el atracador. Era evidente. Señalaba hacia él. Le apuntaba, agitando su arma.

—Sí, usted—remachó, glacial—. Deme el portafolios.

—No... no tiene nada. Sólo documentos sin valor. Sin valor, salvo para mí.

—¡Eso lo veré yo! ¡Tráigalo aquí, enseguida! —fue la voz tajante, imperiosa.

—Doug... —sollozó Lissa, con el rostro lívido.

—Calma. Calma, pequeña—sonrió Doug—. No va a pasar nada. Nada, ya verás...

Tomó el portafolios. Se movió hacia el estrado. Se paró en medio de la sala, cuando la voz del atracador ordenó:

—¡Quieto! Ahí mismo... Tire eso sobre la chaqueta. No dé un paso más.

—Es que quiero mostrarle que en este portafolios no hay nada de...

—¡Yo lo veré! ¡Deje el portafolios en la chaqueta! ¡Ya, amigo!

No estaba lejos del estrado. Era una locura. Pero Doug la cometió.

En vez de arrojar el portafolios a la chaqueta extendida, donde se amontonaban ya los billetes, relojes, joyas de mujer sin gran valor, pero

de oro o platino en su mayoría, tomó impulso su brazo repentinamente, y el portafolios, amplio, negro y pesado, voló hacia el brazo armado del atracador cubierto con un pañuelo.

—¡Estúpido! —jadeó el atracador, cuando el objeto golpeó su brazo, desviándolo en el momento mismo del disparo. Retumbó la detonación, y una bala se incrustó en el techo de cristal y de luces cambiantes, donde hubo quebrar de vidrios y se extinguieron círculos luminosos, verdes y ámbar.

Doug corrió hacia el asaltante, agazapado y con los músculos a punto de entrar en violenta acción directa. Su segundo error, después de resistirse al ataque armado, fue olvidarse de la mujer armada.

Ella fue la que hizo fuego por dos veces. Su automática ladró repetidamente. Dos llamaradas, dos foganazos naranja centellearon en la sala en penumbras. Las dos tenían un mismo blanco. Y las dos llegaron a él.

Doug se paró en seco, con un gemido ronco, quebrado. Giró sobre sus talones, con expresión aturdida. La sangre brotó de su nariz, tras el impacto de una bala en su nuca y de otra en su espalda. Boqueó, mirando a Lissa con estupor y angustia.

—Li...ssa... —jadeó, impidiéndole continuar la oleada de sangre que escapó entre sus labios.

Ella chilló. Chilló histérica, desesperadamente, mientras veía caer a Doug, como un pelele ensangrentado, en medio de la sala del «Road House Club».

De haber seguido chillando, quizá hubiese sido la segunda víctima de la fría mujer del arma humeante. Pero una providencia veló por la novia repentinamente enlutada. Perdió el conocimiento, se desvaneció, ante el terrible «shock» de ver morir a su prometido. El cuerpo de Lissa rodó por entre las mesas. Su falda se agitó sobre sus piernas plegadas, hasta remontar los muslos. Allí permaneció inerte, mientras el resto de asistentes, mudos de horror y de pánico, se limitaba a permanecer hacinado, como un coro fantasmal de rostro blancos, demudados.

El atracador del estrado de la orquestina había tirado de la cremallera del portafolios, descubriendo los abultados sobres que se alineaban en los compartimentos interiores de la cartera. Rasgó uno solo. El mazo de billetes de alto valor destacó ante sus ojos centelleantes de codicia. No miró más. Cerró de golpe el portafolios, y gritó roncamente a su cómplice:

—¡Vamos ya! ¡Deja eso en el suelo! ¡Nada de joyas ni dinero! ¡Aquí

hay suficiente! ¡Vamos!

Una mirada de su compinche fue suficiente. No hubo dudas, ni discusiones entre ambos. Echaron a correr hacia la salida, encañonando con sus armas a los presentes, avisando fríamente a cuantos les podían escuchar:

—Un movimiento, un error de cualquiera de ustedes... y seguirán a ese idiota en el acto, ¿entendieron?

Claro que todos entendían. Nadie se movió, mientras en la pista de baile gorgoteaba la sangre en dos heridas mortales, sobre un cuerpo humano que ya no era sino un cadáver.

Fuera del «Road House Club» rugió el motor de un automóvil a toda velocidad. Alguien asomó antes de tiempo. Un balazo quebró los vidrios de la puerta del local, y el atrevido se apresuró a volver al interior.

Cuando de nuevo se arriesgaron algunos a salir a la carretera, un coche oscuro, con las luces de la matrícula apagadas, se perdía por la curva siguiente de la carretera, a enorme velocidad.

Algunos corrieron al motel, otros a la estación de servicio, y un par de ellos se esforzaron en telefonar a la Policía, para informarles del atraco y el asesinato habidos en el local del parador de carretera.

Sobre la pista, la sangre había cesado de brotar del cuerpo sin vida de Doug. Lissa, entre tanto, era asistida por algunos de los presentes.

Capítulo



UN buen habano, Fisher?

—No, gracias, teniente. Prefiero mis cigarrillos—encendió el cigarro del teniente Mohner y luego su propio cigarrillo. Aspiró humo, en silencio. Después, continuó—: ¿Dónde está la chica?

El teniente Sidney Mohner miró pensativo a su interlocutor. Luego, meneó la cabeza y habló con desgana:

—¿Lissa Paluzzi? Internada en el hospital. Debe reponerse de un fuerte «shock» y un posterior ataque de nervios.

—Entiendo. Pobre muchacha... Fue una dura prueba.

—Muy dura. No es fácil para una mujer conservar la serenidad, después de ver morir a tiros a su novio, ante sus propios ojos. Y menos aún, para una chica de sólo veinte años. Veinte años que ni siquiera cumplirá hasta febrero...

—¿Qué edad tenía Douglas Graham?

—Veinticinco años. Formaban una buena pareja. Y se querían.

—Claro—suspiró Fisher, dando unos lentos pasos por la oficina del teniente Mohner, de la Policía del Estado de Nueva York—. Supongo que será inútil interrogar ahora a esa chica.

—Inútil por completo. Pero nos sobran informes y testimonios. Había un buen número de testigos del asesinato.

—No me refería a esos. A fin de cuentas, los atracadores le pidieron a Douglas Graham su portafolios.

—Sí, ¿y qué?

—Es posible que ya supieran de antes que aquel portafolios contenía dinero. En cuyo caso vigilaron o siguieron a la parejita. Me gustaría

saber eso.

—También a mí.

—Es el testimonio que sólo puede darnos Lissa Paluzzi. Si ella vio o notó algo sospechoso cuando se dirigían de Saratoga Springs a Albany, podría sernos muy útil, teniente.

—Es dudoso que advirtiera nada sospechoso. Pero aunque así fuese, habrá que esperar. Los médicos no permiten que se la interrogué aún.

—Bien. Esperaremos... —Fisher se detuvo ante un gran mapa mural del Estado de Nueva York. Extendió la mano, señalando con su índice una línea—. El atraco fue aquí, ¿verdad? En la confluencia de carreteras entre Albany y Saratoga Springs...

—Sí, eso es.

—Es lógico suponer que los atracadores siguieron después la carretera de Troya, hacia Vermont.

—Muy lógico—gruñó el policía—. Se encontró un coche abandonado, en las cercanías de Troya. Con el portafolios vacío, abandonado allí dentro.

Otro vehículo debió esperarles allí., para conducirlos a través de la divisoria del Estado, hacia Vermont.

—También podría ocurrir que todo fuese un truco de ellos, y se hubieran quedado en el Estado de Nueva York.

—Sí, ya lo he pensado. Todo es posible. Pero no creo que lo hicieran así.

—Yo tampoco—confesó Fisher—. Aunque residan habitualmente en Nueva York, habrán cruzado la divisoria para despistar a la Patrulla de Caminos y a cualquier otro perseguidor. Después, volverán a entrar en el Estado de Nueva York por cualquier otro punto de la divisoria. Nadie sabe nada de ellos. Nadie les vio la cara, ¿verdad?

—Nadie. Llevaban pañuelos con orificios para los ojos. Sólo el pelo se les podía ver. Pelirroja ella. Rubio él...

—Eso no significa nada. Hay pelucas. Y tintes.

—¿Cree que los utilizaron ellos?

—Es posible. No serían tan tontos de mostrar su cabello real, cuando tanto empeño pusieron en cubrir el rostro. Me inclino por la peluca. Se hacen muy buenas hoy. Demasiado, para el gusto de nosotros, los policías.

—Sí, Fisher. Creo que tiene razón en eso. Prácticamente, no sabemos nada de ellos.

—Sólo que eran hombre y mujer. Una pareja de atracadores.

—Eso, sí.

—Fisher frunció el ceño. Paseó por el despacho. De repente, el teniente Mohner saltó con una pregunta que, sin duda, había estado bailoteándole todo el tiempo en la cabeza.

—Yo, lo que me pregunto es una cosa, Fisher: ¿por qué diablos ha venido a verme?

El aludido enarcó las cejas, como si no entendiera la pregunta, aunque la comprendía muy bien.

—¿A qué se refiere, teniente? —se hizo el inocente.

—De sobra lo sabe. ¿Por qué un miembro de la Oficina Federal de Albany está aquí, interesándose por el robo y el asesinato del «Road House Club»?

—Esperaba esa pregunta—sonrió Orwell Fisher, de la Oficina Federal de Nueva York, destacado en el despacho federal de Albany—. La respuesta es sencilla. Este asunto puede ser nuestro, Mohner.

—¿De ustedes? ¿Por qué? Ha ocurrido dentro de Nueva York, ¿no es cierto?

—Usted sabe que el coche oscuro que hallaron en Troya, y que sin duda utilizaron los, asesinos, era robado. Robado en New Jersey. Y con matrícula de New Jersey también.

—¡Bah, tonterías! Eso son truquitos para adjudicarles la jurisdicción del caso, Fisher, y usted lo sabe... —se irritó Mohner—. El asunto es mío.

—Sí, son truquitos—rió Fisher—. Pero de momento es suficiente... hasta comprobar si tiene alguna relación con «Romeo y Julieta».

—¿Eh? —Mohner dio un respingo—. ¿Qué bobada es ésta? ¿A qué viene mezclar a Shakespeare con todo esto?

—No hablo de Shakespeare ni de sus amantes veroneses, sino de otro «Romeo» y otra «Julieta».

Estos, amantes americanos. Se les llamó así en el invierno del año pasado, en Massachusetts: «Romeo y Julieta Smith». La Policía de Massachusetts aún busca a la pareja asesinada formada por «Romeo y Julieta Smith».

—Ahora creo recordar algo. Fue... fue el invierno pasado, no lejos de la divisoria del Estado de Nueva York, y...

—Y dos rápidos «golpes» en carretera les dieron un beneficio neto de ochenta y cinco mil dólares. Un cobrador de una empresa de Pittsfield estuvo un mes entre la vida y la muerte y salvó la vida, pero para quedar idiotizado y amnésico para el resto de su existencia. El otro robo

fue en un «motel» de la carretera general a Northampton. Se apoderaron de la recaudación íntegra de una semana, cuando iban a enviarla al Banco, y causaron heridas graves a una dama que resultó estar casada... y no residir precisamente con su esposo, en aquel «motel» de Massachusetts.

—¿Se supo entonces que eran los mismos autores?

—Sí. En ambos casos, una pareja de jóvenes deambuló por allí cerca. Al cobrador alguien le vio charlar con dos muchachos que parecían novios, en un recodo de la carretera. Una pareja de alojados en el «motel», de apellido Smith, desaparecieron antes de llegar la Policía. Sus señas coincidieron con las de la pareja anterior. Pero ni el menor rastro pudo hallarse que condujese a su detención.

—Y usted, ahora, ha imaginado la fantástica teoría de que «Romeo y Julieta Smith» están en Nueva

York, y han cometido el atraco al «Road House Club», con la muerte de Douglas Graham.

—Exactamente.

—Es una tontería sin base. Hay muchos, otros delincuentes en pareja, e igualmente jóvenes, que no son sus tórtolos de Massachusetts. Hoy en día, la delincuencia juvenil se ha extendido demasiado. En hombres y en mujeres.

—A pesar de todo, yo sustento mi teoría. Pruébeme que no es la buena, y aceptaré mi derrota, teniente.

—Pruébeme usted la suya, Fisher, y seré yo quien me dé por vencido —farfulló Mohner.

—Tal vez se lo pruebe muy pronto—los ojos de Orwell Fisher brillaron vivazmente—. Tal vez antes de lo que usted se figura... y de un modo muy contundente.

* * *

—Repita lo que me ha contado, Linda Lou.

La chica se cruzó de piernas. Era su postura favorita. Además, favorecía sus piernas. Ella lo sabía, y las mostraba generosamente. Hizo un mohín, contemplando al hombre sentado frente a ella en el club nocturno. En su gran bolso oscuro, sobre la mesa, centelleaban las iniciales «L. L.», en enormes ángulos plateados.

—¿Le gusta tanto el sonido de mi voz? —se burló, risueña—. ¿No prefiere, en ese caso, que le cuente otra cosa más divertida?

—No, no. Cuénteme eso otra vez. Con todo detalle.

—Bueno... —suspiró la chica, sacudiendo su cabeza pelirroja. Los ojos miraron con interés a Orwell Fisher, a través de sus pestañas cargadas de «rimmel»—. Ustedes los policías son siempre policías antes que hombres. ¿No le gustaría más que le dijera que usted me gusta mucho?

—Me encantaría, Linda Lou. Pero cuando no tenga trabajo—sonrió Fisher—. Volveré entonces, y hablaremos de todas esas cosas. Ahora, hable de aquella noche, en el parador de Tab. Cuando Barry Aubrey entró, quejándose del frío...

Linda Lou suspiró, hastiada. Pero obedeció a su compañero de mesa. Después de todo, pensó, los policías eran a veces un poco tontos. Incluso uno tan guapo como aquél podía ser tonto y no fijarse en una chica, sino como testigo de un caso.

Le refirió la llegada de Barry Aubrey, sus comentarios, la escena toda de aquella noche de fuerte ventisca y nieve. Terminó la referencia a los tórtolos del mostrador y su cena de salchichas, tomate, bacon y café.

—Al final, ellos se fueron con Aubrey en el camión. Él dijo que les llevaría a Utica, al juez de paz que les esperaba para casarles.

—Descríbamelos a ellos, ¿quiere? Procure ser lo más fiel posible en sus recuerdos, Linda. Es muy importante...

Ella lo hizo. Describió perfectamente a los dos tórtolos de la barra. Cuando hubo terminado, miró a Fisher, cuyo rostro ensombrecido era máscara inexpresiva. Se veía que estaba hundido en profundas meditaciones. Las dos letras «L...» del bolso, emitían reflejos a su faz.

—¿Le servirá de algo, federal? —se interesó la chica.

—Sí, creo que sí—convino él—. Has sido una gran ayuda, Linda.

—¿Ayuda para qué? Creo que Aubrey murió al salirse el camión de la carretera. También morirían entonces aquellos chicos, ¿no es cierto?

—No, no es cierto—suspiró Fisher, sacudiendo la cabeza negativamente—. Sus cuerpos nunca aparecieron. La versión oficial es que la corriente helada del canal se los llevó. Yo no lo creo.

—¿No?

—Creo que esos «tórtolos»... asesinaron a Barry Aubrey y luego despeñaron el camión con el cadáver del pobre conductor.

—¿Aubrey? ¿Barry Aubrey, nuestro conductor?

—Sí, el mismo. ¿Qué mercancía transportaba aquel día?

—Frutos y hortalizas. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque busco la razón de un asesinato.

—¿Un asesinato? —el encargado de transportes de la «Acme Traders» dio un respingo. Algo pálido, miró a Orwell Fisher con extrañeza. Casi con temor—. ¿Por qué se le ocurre una cosa así, señor?

—Preferiría que fuese usted quien respondiera a mis preguntas y no yo a las suyas. ¿Sólo llevó frutos y hortalizas en el camión?

—Sí. Era un vehículo dotado de frigorífico, pero no se utilizaba, habida cuenta de la época tan fría en que nos hallábamos. Aubrey parecía preocupado por el estado de la mercancía, sin embargo, y quería llegar cuanto antes a Utica. Debió resbalar en la nieve y cayó. ¿Por qué esa tontería del asesinato?

—Su conductor tomó a una pareja de jóvenes que iban a casarse, en la cabina de su camión. Les llevaba al juez de paz que aguardaba en Utica. Esos jóvenes no aparecieron nunca. Ni vivos, ni muertos.

—Creo que el canal, como la mayor parte de los ríos, estaba helado. Es grande la cantidad de desaparecidos en cauces helados durante el invierno, señor—arguyó el encargado de transportes, con una energía que iba disminuyendo por momentos.

—Aubrey temía por su carga—habló Fisher, pensativo—. Frutos y hortalizas, en un día glacial y mantenidos sin necesidad de usar el refrigerador del coche-transporte. Es raro.

—¿Raro?

—Muy raro. Tenía prisa por llegar a Utica. Mucha prisa, a pesar del estado de las carreteras. No podía ser por la carga. Llevaba algo más.

—¡Eso es absurdo! Nuestros empleados no llevan nada que no les autorice previamente la Compañía, señor...

—Bien—los ojos de Fisher se endurecieron, fijos en su interlocutor—. ¿Qué llevaba, entonces, autorizado por la Compañía?

Pereció como si fuera a negar otra vez. Después algo se relajó dentro del hombre. Se dejó caer en un asiento, desolado. Cuando habló, su voz sonaba apagada, rota, carente de brillo y de valentía:

—Joyas, señor.

—¡Joyas! ¿Contrabando?

—Oh, no, no—hizo un encogimiento de hombros muy triste—. Joyas de uno de nuestros directores, que es a la vez joyero y orfebre, y tiene un negocio de tal clase en Nueva York. Su familia vive en Utica, y había

delegado en Aubrey el encargo de llevar un maletín con piedras sin engastar, oro y plata para fundir y todo eso. Allí, la familia de nuestro director tiene laboratorio joyero. ¿Lo entiende ahora?

—Sí. ¿Estaba asegurada esa mercancía?

—Contra ciertos riesgos tan sólo. No contra el de llevarlas sin debida protección. Nuestro director no ha querido denunciar siquiera la desaparición de las joyas. No cobraría nada, de modo que se resigna a la pérdida.

—¿No aparecieron las joyas?

—Ni siquiera el maletín. Pero siempre hemos creído que la corriente se lo llevó a algún lugar lejano. El valor real del contenido del maletín era de setenta y cinco mil dólares. No es una pérdida grave para él; puede soportarla. Y la soporta.

—¿Quién sabía que Aubrey llevaba eso en su camión?

—Solamente él, mi director... y yo.

Los ojos de Fisher se entornaron lentamente. Miró muy fijo al hombre.

—Alguien más lo supo: el asesino. La pareja que tomó Aubrey era la de sus asaltantes, ladrones de las joyas y asesinos del chófer del camión. Subieron a ese camión sabiendo a lo que iban. Buscaron el contacto con Aubrey en el parador de caminos. ¿Por qué? ¿Quién habló?

—No... no puedo saberlo—gruñó el hombre.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —se interesó Fisher.

—Roy Lawrence, señor.

—Bien, Lawrence. ¿Y su director, el que entregó esas joyas? ¿Quién es?

—Michael Maskell, asociado con diversas cadenas de transportistas del Estado y de todo el país. Pero a él no le gustaría que usted... que usted haya sabido por mediación mía lo de... las joyas.

—No se trata de que le guste o no—cortó secamente Fisher—. Se trata de que alguien supo lo de las joyas. Me gustaría saber quién y por qué medios. Eso nos llevaría a «Romeo y Julieta»...

—¿A qué? —barbotó, estupefacto, el llamado Roy Lawrence.

—No, nada—sonrió fríamente Orwell Fisher—. Era una simple divagación que usted no entendería.

Y salió, cerrando la puerta de golpe. El encargado de transporte de la «Acme Traders» de Albany se quedó solo, perplejo y preocupado en la cabina de muros de vidrio. Transpiraba su piel en abundancia, dando un brillo grasiento a su maciza faz.

—Cielos, vaya lío... —jadeó.

Y se inclinó sobre su teléfono, marcando un número. Cuando le respondieron, habló escuetamente:

—¿Señor Maskell? ¿Michael Maskell? Sí, de parte de Roy Lawrence, de la «Acme». Esperaré, gracias. Dígale que es urgente...

Se enjugó el sudor de su frente con el dorso de la mano. Y esperó, con el teléfono pegado a la oreja.

Capítulo IV

MICHAEL Maskell acababa de despedir el automóvil en que su hija Virginia y su profesora, la señorita Bancroft, volvían a la Academia de Schenectady, tras una corta visita a Albany. El saludo juvenil y efusivo de la muchacha se perdió tras los setos del jardín. Apenas se habían perdido las aerodinámicas aletas posteriores, con sus centelleos rojos, cuando emergían los faros blancos y amarillos de otro automóvil, no tan largo, suntuoso ni moderno, pero rápido y eficiente. Y, además, muy bien conducido.

El coche se paró en el claro de la casa, frente a Maskell, que se inclinó, ceñudo, para distinguir al conductor, a la luz azulada de la tarde.

—Buenas tardes—saludó el visitante, agitando una mano—. ¿El señor Maskell?

—Yo mismo—el financiero le contempló, con escasa cordialidad—. ¿Y usted? ¿Orwell Fisher, del F.B.I.?

—Veo que Roy Lawrence le ha telefoneado oportunamente—rió Fisher, frenando del todo junto a Maskell. —Roy me avisa siempre a tiempo de todo lo que me interesa. De otro modo, no seguiría en su empleo. Yo soy uno de los que le pagan.

—Entiendo. ¿También le avisó oportunamente de la pérdida del maletín de joyas?

—También—suspiró Maskell, que no parecía dispuesto a ocultar nada, quizá porque sabía que era una precaución perfectamente inútil, ante un hombre que ya había hablado de todo ello con Lawrence en la factoría de la «Acme Traders Inc.», en Albany, a menos de ocho millas de su casa—. ¿Qué es lo que quiere saber exactamente?

—Quiero saber a quién habló de esto: de sus joyas, del hecho de que Aubrey las llevase consigo a Utica. Eso es todo.

—¿Cree que es de incumbencia federal?

—Tengo graves motivos para suponer que sí.

—Bien—Michael Maskell señaló hacia la casa—. Venga conmigo. Hablaremos de ello más confortablemente.

Aceptó la invitación Fisher. Dejó el coche en el claro. Poco después, tomaba un «martini» con Maskell, en la terraza encristalada de su residencia. Dentro de la casa, uno parecía vivir en perpetuo verano. Incluso en enero, con hielo rebelde en los campos y con el termómetro muy por bajo de cero.

—De modo que quiere saber quiénes estaban en el secreto del traslado de las joyas.

—Eso es.

—¿Es factible la teoría de homicidio?

—Sí. Mucho.

—Bien... ¿Cree que yo le conté esto a alguien que pudo informar a los asaltantes?

—Sí.

—Lamento defraudarle. No lo sabía nadie. Sólo Roy Lawrence, Aubrey... y yo. Respondo de Roy. Respondería de Aubrey si viviese.

—Lo sé. Aubrey subió a la pareja de novios sin sospechar.

—¿Novios?

—Fueron dos: chico y chica. Una parejita adolescente; criminales juveniles. Hay muchos, señor Maskell.

—Dios mío... —sacudió la cabeza—. ¿Quién pudo ser entonces?

—Usted no me deja resquicio. Sólo puedo sospechar de usted, de Aubrey y de Roy Lawrence. Aubrey murió; usted, sería tonto que tuviera relación con el delito, porque sólo usted salió perdiendo. Me queda Lawrence, le guste o no. Responda o no por él.

—Espere—alzó una mano, dejando de golpe su «martini» sobre una mesita. Tan de golpe, que la copa osciló y se derramó a medias—. Hay... hay más gente que sabe eso.

Fisher le miró fríamente.

—Creí que había dicho que eran sólo ustedes tres—le recordó, algo seco.

—Bueno, es como si fuéramos los tres. Se trata de mi familia.

—¿Su familia?

—Sí. Mi hijo John, de Saratoga Springs. Y mi hermano Stephen, socio de una empresa de transportes de la cadena «New-Yorker Trade», sabían lo del envío de joyas a Utica, donde mi esposa, Carol, se haría cargo de ellas al llegar Aubrey. Él nunca llegó, usted lo sabe. Y las joyas tampoco.

Hubo un largo silencio. Después, Fisher demandó:

—¿Alguna desconfianza entre los suyos?

—¡Cielos, no! John es un muchacho excelente, trabajador y honrado. Stephen tiene fortuna propia. En cuanto a mi esposa, creo obvio añadir nada.

—Entiendo. ¿Alguna... digamos «filtración»? ¿Alguien pudo hablar, y lo oyó alguien?

—Es posible. También mi hija Virginia ha estado aquí una temporada, con su profesora y educadora, la señorita Odile Bancroft. Sabían lo del envío, lógicamente. Pudieron comentarlo en público, igual que mi familia de Utica o de Saratoga Springs. Y una persona interesada en ello... creo que podría captar bien la noticia.

Asintió Fisher. Su gesto expresaba decepción, desencanto.

—Lo temía—suspiró—. No es tan fácil como imaginaba. Cualquiera pudo hablar, repetir en público la noticia... Y alguien se ocupó de poner en marcha su plan de batalla, señor Maskell.

—¿Quiere hablar con mis parientes, señor Fisher? Tal vez eso aclare algo.

—Sí, hablaré con ellos—Fisher tomó un sorbo más de «martini», y dejó el resto en la copa, con la guinda oscilando en el fondo del recipiente. Sacudió la cabeza, pesimista—. Pero creo que no conseguiré nada. Absolutamente nada...

* * *

Dean Cole había sido convencionista. Lo fue muchas veces. Le gustaban las Convenciones. Pero desde la última vez, había renunciado voluntariamente a volver a ellas.

No era fácil olvidar su trágico paréntesis en el parador de carretera de Chuck Barney, cerca de Kingston, en la carretera general de Albany a New York City.

La Convención de Transportistas había terminado mal. Muy mal...

—Sí, señor Fisher. Muy mal. Aquello acabó en tragedia. Cuando quise darme cuenta, Basil Randell, el propio Chuck Barney y su cocinero

negro, yacían sobre su propia sangre, cosidos a balazos por aquella pareja endiablada, que un momento antes parecían totalmente ajenos entre sí, distanciados por toda la longitud del local.

—¿Cómo sucedió todo?

—Fue tan rápido, tan simple... y tan atroz—se estremeció Dean Cole, tragando saliva, con el horror pintado en sus ojos—. Estábamos riendo y celebrando aún nuestra llegada al parador, empezando los aperitivos... cuando nos ordenaron obediencia y calma. Nos encañonaban con dos armas de fuego automáticas. Primero, creímos que era broma. Luego, al ser golpeado con el cañón de la pistola uno de los nuestros, comprendimos que la cosa iba en serio. Llevábamos mucho dinero entre los cuarenta y dos, como es lógico que suceda al salir de viaje a Nueva York un puñado de hombres solos. Eso, parece que lo sabían también la pareja de asaltantes. Se movían sobre seguro, al menos.

—¿Cómo eran físicamente el hombre y la mujer?

—Sería difícil decirlo, señor Fisher. Estaban a cara descubierta cuando entramos en el parador. Pero ninguno nos fijamos en ellos. Cuando lo hicimos, se habían puesto dos caretas de goma grotescas y sólo vimos que ella era rubia y rostro de oscuro y él era de pelo castaño muy claro. Randell era quien más dinero llevaba. Quiso defenderlo, encarándose a los asaltantes y haciendo el papel de héroe. Creo que lo hizo porque había bebido demasiado. Fue un error. Le disparó la mujer, sin vacilar. Chuck Barney, entonces, intentó ayudar a Randell, sacando un arma del mostrador. Fue el hombre quien disparó esta vez, alcanzando a Chuck y al cocinero negro, que pretendía simplemente escabullirse, lleno de terror. Ya sabe usted que los tres murieron...

—Sí, ya lo sé... Entregaron todo su dinero, ¿verdad?

—No había otro remedio, señor Fisher. Eso, o seguir el camino de Randell y de los demás.

—Claro—Fisher se puso en pie, con un suspiro—. Gracias, señor Cole. Es todo...

* * *

—Le ruego que sea breve, señor Fisher. Muy breve. Aún no está en condiciones de recibir visitas y de hablar extensamente.

—Lo entiendo, doctor Boulting. Seré breve. Todo lo más que pueda. Y gracias.

El médico hizo una inclinación de cabeza y dio instrucciones a la enfermera, con un mudo gesto, para que permitiera entrar a Orwell Fisher en la habitación número 390 del Hospital Empire State, de Albany.

Entró en la estancia Orwell. Le acogió la penumbra tenue, la temperatura cálida, acogedora, en el frío invierno del Estado de Nueva York y de toda la costa del Atlántico Norte.

En el lecho se agitó una figura. Unos ojos invisibles escudriñaron al visitante desde la sombra, más allá del blanco embozo donde se crispaban dos manos flácidas.

—¿Quién es usted? —preguntó una suave, debilitada voz de mujer.

—Orwell Fisher, señorita Paluzzi—respondió el visitante—. De la Oficina Federal de Investigación.

—¿F.B.I.?

—Sí, eso es: F.B.I. —dijo unos pasos más hacia ella—. ¿Cree que puede atenderme?

—Lo... lo intentaré, sí.

—¿Y podrá escucharme?

—Muy bien, sí. Ya estoy mejor. El doctor dice que pronto saldré de aquí.

—¿Desea abandonar esto?

—Cuanto antes. Tengo mucho que hacer.

—¿Usted? ¿Qué es lo que tiene que hacer? —se interesó curiosamente Orwell.

—Vengar a Doug. Ver morir a un hombre y a una mujer. A mis manos, o en la silla eléctrica, señor Fisher.

La energía de Lissa Paluzzi, al hablar así, sorprendió e impresionó a Fisher. Se quedó callado, sin quitar sus ojos pensativos de ella.

Tras un silencio, sólo alterado por la respiración agitada de la joven, terminó Orwell por hablar con voz grave:

—Nadie puede tomarse la justicia por su mano, señorita Paluzzi. Y menos, hoy en día, en nuestro mundo civilizado.

—¿Usted cree eso? —habló amargamente Lissa—. Civilizado... ¿Lo estaban los que nos atracaron en el «Road House Club»? ¿Lo estaba esa bestia feroz que disparó sobre Doug, asesinándole?

Se le estrangulaba la voz, evidentemente a causa del llanto, de la desesperación, del odio insatisfecho. Fisher se inclinó hacia ella, paciente.

—La civilización no puede impedir que nazcan bestias dañinas. Lo que hace es extirparlas, una vez localizadas. Para eso existen la Ley, la Justicia y todo eso.

—No creo en nada—meneó la cabeza, hastiada—Sólo en la verdad. Y la verdad es que Doug está muerto...

—No puede negarse eso. Pero sólo es una parte de la verdad. Lo demás, está formado por cuanto yo le digo: la expiación del crimen, en suma. El castigo a los culpables.

—Yo los castigaré. Lo juro.

—«¿Vendetta?»—sonrió Fisher.

—No soy italiana.

—Su apellido lo es.

—Mi padre era italiano. Es todo.

—Es suficiente. La sangre es la misma. No piense en «vendettas».

—Eso es un tópico. No todos somos sicilianos, señor Fisher.

—Usted parece gustar de ese tópico. ¿Por qué vengarse de ese modo? Hay una forma de venganza: contarme todo lo que sucedió. Evocar cada instante, cada detalle.

—¿Para qué?

—Para seguir investigando, para continuar buscando.

—Buscando... ¿a quién? ¿A dos fantasmas?

—No son tan fantasmales como pretenden. Son de carne y hueso. Hombre y mujer. Dos criminales de sexo diferente, dos amantes unidos para el crimen: «Romeo y Julieta Smith».

—¿Cómo ha dicho? —pestañeó ella.

—Cuéntemelo todo, ¿quiere? Con calma, con detalles. Yo le contaré después lo mío.

—Está bien—suspiró ella. Le contempló, con sus grandes ojos oscuros, tristes, opacos—. Pero no le servirá de nada.

—Eso debo ser yo quien lo decida. Vamos, recuerde aquella tarde en el «Road House Club». Paso a paso, por favor.

—Sí... —susurró ella. Y comenzó a hablar, con los ojos cerrados. Estremecida por el horrible recuerdo.

* * *

—Y eso es todo...

Eso era todo, sí. Asintió Fisher. Estaba seguro de que era todo. La

relación de la joven había sido clara, minuciosa, lenta y concreta. Tenía una sorprendente facilidad de palabra, una mente clara y analítica, y una gran memoria.

Era como haber asistido al dramático atraco del club de la carretera, frente a Albany. El relato de Lissa Paluzzi le permitió reconstruirlo todo, detalle a detalle.

—Gracias—suspiró Orwell Fisher—. Y perdone el esfuerzo... y el mal rato.

—No tiene importancia—sonrió ella, animosa—. Tenía que arrancar todo eso de la mente, un día u otro. Cuanto antes, mejor. Siempre alivia un poco sincerarse, mirar a la verdad cara a cara...

—Seguro que sí. ¿No ha olvidado nada, señorita Paluzzi?

—No, no. Juraría que no... aunque...

—¿Qué?

—No podría decirlo. Ha habido un momento en que me pareció haber olvidado algo. Tal vez un nombre, una alusión, algo que mencionó Doug... No sé.

—No importa. Trate de recordarlo todo más veces, por si le acude ese supuesto dato. Pero sin torturarse demasiado. Sé lo que significa para usted evocar eso. Ahora, le voy a referir mi punto de vista, con relación a los asesinos del club y una pareja llamada «Romeo y Julieta Smith»...

También él le hizo una referencia rápida, pero precisa de su teoría y de los indicios que iba acumulando. Ella asintió.

—En el club, la asesina era pelirroja. ¿Otra peluca?

—Evidente. U otro tinte, aún no lo sé. Pero siempre la misma persona. Siempre la misma pareja: los tórtolos...

—Supongamos que tiene razón usted—los ojos de Lissa le miraron ardientemente—. ¿Qué va a hacer para localizar, para identificar a ese par de asesinos?

—No lo sé.

—Cielos... Ni siquiera sabe qué ha de hacer.

—Ahora se trata de reunir datos, de informar al Departamento de Justicia y permitir la intervención del F.B.I, en estos crímenes de carretera, por suceder en diversos Estados. Si lo logramos, la lucha estará entablada.

—Tal vez ellos no vuelvan a actuar nunca más.

—Tal vez—Fisher se encogió enigmáticamente de hombros—. Pero hay un axioma criminalista que no falla. Si esa parejita de amantes son

los mismos que cometieron sus delitos en Massachusetts el invierno pasado, igual que dilapidaron o malgastaron el botín de entonces, lo harán ahora con éste. Y entonces, la misma facilidad con que los delitos fueron cometidos, les impulsará a repetir, a probar fortuna de nuevo. El criminal siempre insiste, cuando su delito anterior ha quedado impune y fue productivo. Ese es el axioma. Esperemos que ellos sean «Romeo y Julieta Smith»... y usted no tendrá que soñar con novelescas venganzas. El F.B.I, se cuidará de vengarla a usted del único modo legalmente posible: cayendo sobre esos criminales... y entregándolos a la Justicia. Vivos o muertos.

Capítulo

V

EL caso de «Romeo y Julieta Smith» pasó a ser oficialmente de jurisdicción federal aquel mismo mes, en sus últimos días.

El Federal Bureau of Investigation distribuyó órdenes concretas a todos sus agentes en los Estados de Nueva York, Vermont y Massachusetts para que, unidos en su acción conjunta a las respectivas Policías locales, examinaran cada aspecto del asunto y profundizaran en él, requiriendo los testigos necesarios, apelando a pruebas periciales y testificales de toda índole, y utilizando, en suma, toda la vasta, compleja suma de factores y de recursos que el Departamento de Justicia de los Estados Unidos concede a su Oficina Federal de Investigación para la salvaguarda de la Ley en los diversos Estados de la Unión, muy especialmente en aquellos casos en los que, de forma indiscutible, han sido quebrantados los principios de la Ley federal.

Orwell Fisher fue prácticamente el héroe de aquella decisión, como pudo haberlo sido, en los años veinte, el federal Elliott Ness, para lograr que Roosevelt firmase la ley declarando delito federal el asalto o robo de Bancos Nacionales.

Orwell Fisher se sintió satisfecho cuando supo que su proyecto, basado en sus investigaciones, había hallado la aceptación por parte de Edgar H. Hoover, director del F.B.I., y posteriormente la supervisión afirmativa del fiscal general de la nación.

Sabía que era solamente el principio de una ardua y difícil tarea. «Romeo y Julieta Smith» eran una pareja peligrosa, cruel, despiadada y llena de astucia. Cometían sus delitos y, tras descargar el «golpe», desaparecían como si la tierra misma se los hubiera tragado, sin dejar el menor rastro de su paso por los lugares que ensangrentaron con sus

violencias.

Ahora, el F.B.I. podía ocuparse definitivamente del asunto, y lanzar a sus hombres en pos de todo rastro relacionado con la pareja de salteadores. Pero Orwell estaba seguro de que el éxito no iba a ser rápido ni sencillo.

Por el momento, hacía más de veinte días que sucediera lo del «Road House Club», en las afueras de Albany, y no habían vuelto a dar señales de vida. Los misteriosos amantes de las carreteras invernales habían desaparecido de nuevo, tal y como sucediera el año anterior.

—¿Será posible que hayan vuelto a su nido, en espera de otro invierno? —temió Orwell Fisher, desesperanzado ante la carencia de noticias, de indicios, de testimonios que hablaran de una pareja similar, vista en alguna parte.

No quería admitir eso, y se lanzó entusiásticamente a la tarea de batir el terreno, en busca de la siniestra pareja. Pero eso no significaba que confiase en hallarla.

Él se ocupó, personalmente, y por designio del propio Hoover, de la investigación exhaustiva en el Estado de Nueva York, especialmente en la zona comprendida entre los puntos de Albany, Kingston y Utica, como extremos o ángulos de un triángulo enorme, de más de mil setecientas millas cuadradas de área.

Bajo su dirección, hábiles agentes del F.B.I., como Norman Waters o Greg Lawrence, cuidaron de establecer vigilancia, de prevenir a dueños de paradores, surtidores de gasolina, moteles y clubs nocturnos, para que vigilaran a cualquier pareja sospechosa. Unidos a ellos en la ardua tarea, coches patrulleros de la «Highway Patrol», y agentes uniformados o de paisano de la Policía del Estado de Nueva York, colaboraban tenazmente en el cerco invisible donde pretendían encerrar, si había fortuna y oportunismo, al fantasmal «Romeo» y su implacable «Julietta».

Pero la red, hábil y solapadamente tendida, permaneció vacía.

Primero fue el resto del invierno, languideciendo en su crudeza, disminuyendo los fríos, derritiéndose nieves y hielos, a medida que el mercurio se encaramaba por los tubos de vidrio de los termómetros.

Después, avanzada la primavera, los amantes asesinos siguieron sin aparecer. Desde Vermont, la Policía informó de sucesos que podían tener conexión con los asaltantes, pero a la larga se demostró que otros habían sido los culpables, y tampoco en ese terreno se llegó a nada.

Entrando el verano, el F.B.I. comenzó a dudar de la existencia de la pareja, y los agentes encargados de la búsqueda fueron perdiendo

gradualmente entusiasmo en su tarea, faltos del menor aliciente en su empeño.

Orwell Fisher se dio cuenta de que no todo se había logrado con alcanzar el éxito parcial de la intervención de Washington en el misterio de las carreteras de Massachusetts y Nueva York.

Allí había empezado un nuevo aspecto de la cuestión. Pero lentamente, el esfuerzo amplio, denodado, de las formaciones de agentes especiales a la caza y captura de la pareja misteriosa, iba languideciendo por falta de acierto, de éxitos sensibles, incluso de esperanzas de un resultado positivo, a largo o corto plazo.

Se llegó, incluso, al arresto de numerosas parejas que viajaban por el país, y se examinó atentamente cualquier aspecto relacionado con ellas. Se desmenuzaron sus coartadas para los días de los sangrientos sucesos. Muchos, ni siquiera recordaban dónde estuvieron aquel día. Los más, se hallaban muy lejos de los lugares señalados, y pudieron demostrarlo, de mejor o peor forma. Después, al llamar a Linda Lou o a Tab, el dueño del parador cercano a Utica, para identificarles, el fracaso era ya rotundo, e incluso los más sospechosos tenían que salir ante las respuestas invariables de gente como Linda Lou, Tab o Dean Cole, el convencionista que fuera testigo del asesinato de Chuck Barney, de Joe Leavenwater y de Basil Randell.

—No, no son ellos...

—Ella se asemeja algo, pero muy poco. El, desde luego, no es...

—No, no. Eran más bajos...

—Aquellos eran más fuertes, más altos, más jóvenes...

—No son, puedo jurarlo.

—Él tiene cierto parecido, muy vago. Ella es completamente distinta.

—No.

—¡No, no! Ni pensarlo...

Era irritante. Una, otra vez así. Identificaciones, careos, interrogatorios, exhaustivas investigaciones, búsquedas por doquier.

Y siempre la misma respuesta, al final. Como un callejón sin salida:

—No... no... NO.

Así llegó el otoño.

El F.B.I. se olvidó casi totalmente del asunto. Incluso Orwell Fisher, de vacaciones en Canadá, disfrutando de la pesca del salmón y de los paseos bajo bosques inmensos de coníferos, llegó a borrar de su recuerdo los sucesos de las rutas generales de Nueva York.

Los periódicos dejaron de citar a «Romeo y Julieta Smith», y dejaron

también de poner en la picota la ineficacia de la Policía del Estado y la poca eficiencia que demostraban también las investigaciones del F.B.I.

Eso era una prueba palpable de que las cosas se iban relegando al olvido, de que tal vez los asesinos, la joven parejita de delincuentes, había resuelto abandonar su papel de románticos «tórtolos» armados hasta los dientes y con ello su labor criminal. Es posible que tuvieran suficiente dinero para no pensar en nuevas hazañas.

Fisher pasaba sus vacaciones otoñales en un albergue montañoso de Ontario. Había dejado su dirección a la Policía de Nueva York, por si algo sucedía. En cuanto al F.B.I., naturalmente, sabía bien los movimientos de sus agentes, para reclamarlos en cualquier ocasión de emergencia.

Sin embargo, los temores de Fisher—temores en cierto modo esperanzados—, de que una llamada urgente le hiciese abandonar su bucólica paz y sus excelentes salmones, no se confirmaron.

Solamente en los últimos días de aquellas vacaciones, su casillero en el albergue apareció ocupado por algo, una cartulina brillante, en color, estampillada y sellada. Una tarjeta postal, con una vista de nieve, y la ciudad de Nueva York al fondo.

Se estremeció, sin saber la razón. Tomó la tarjeta de manos del conserje del albergue. Le dio vuelta, dejando en lugar secundario el tema nevado de la fotografía, para examinar el texto.

Había sido escrita con letra angulosa, rápida y segura.

«Señor Fisher:

El otoño se termina.

Vamos a entrar en el invierno.

Ha pasado un año.

¿Cree usted que la calma va a durar mucho todavía?

Aún espero mi «vendetta».

O su justicia.

Lissa.»

Agitó la postal, caminando hacia el comedor, donde le hirió el aroma apetitoso de las truchas doradas al horno y rociadas con mantequilla. Ya no sentía el menor apetito, pese a ello, cuando se acomodó ante el pulcro mantel a cuadros, la lámpara típica y el florero, en forma de tronco de árbol canadiense, cortado a hachazos.

La tarjeta de Nueva York le había dejado desganado de pronto.

Lissa Paluzzi continuaba con idea fija, obsesiva. Ella no había olvidado, Quizá era la única.

Y lo malo era que, interiormente, Orwell Fisher sentía las mismas aprensiones manifestadas por la joven en su postal.

El invierno iba a llegar muy pronto. Eso era bien cierto. ¿Sería igualmente verdad que, con los fríos, iban a llegar otras cosas mucho más inquietantes y siniestras?

¿Volverían «Romeo y Julieta Smith» con las primeras nevadas del año?

Contempló el caldo caliente, humeando en la taza, la sonrisa de la camarera ataviada a la usanza de los leñadores del Canadá. Y vio pasar ante él una dorada, sabrosa trucha, entre rodajas de limón y guarniciones.

Frunció el ceño. Le irritaba no tener apetito. Le irritaba que hubiera sido precisamente Lissa Paluzzi la que se lo quitara. Y le irritaba mucho más aún que ella pudiera tener razón.

* * *

Frunció el ceño Fisher, escudriñando el cielo, grisáceo y torvo. Parecía tener el mismo color del cemento de los rascacielos ciudadanos, en el gran conglomerado de Manhattan. La tarde toda tomaba un tono de hábito franciscano, mientras los copos blancos, como pequeñas esponjas, iban goteando mansamente desde el cielo.

Era sólo el principio. Fisher conocía bien el clima de Nueva York. Pronto las nevadas se intensificarían y el invierno volvería a su habitual crudeza, con el viento cortando la cara de los transeúntes y azotando los millones de ventanas de Nueva York.

Se detuvo ante la residencia de apartamentos cuya dirección poseía. Subió al piso once y buscó la puerta rotulada con la letra «Q».

Llamó en vano durante algunos minutos. Nadie respondió a los timbrazos insistentes. Se dispuso a marcharse. Entonces sonó una puerta a su espalda. Se volvió, esperanzado de que al fin atendieran su llamada.

No era así. La letra «Q» continuaba herméticamente cerrada. Era la «R» la que se había abierto, inmediata a la anterior, como era ortodoxo. Una mujer de pelo rubio oxigenado y sonrisa sociable asomó en la abertura.

—Hola—saludó—. ¿Vende usted algo?

—No, no—sonrió Fisher—. No vendo.

—Lástima—suspiró la rubia—. Sería el único vendedor atractivo que viera. Incluso le hubiera hecho pasar, y hubiese comprado algo.

—Lo siento. No vendo nada, señora.

—¿Buscaba a esa joven, a la señorita Paluzzi? —indagó la vecina, curiosa, apoyándose en el quicio de la puerta, sin preocuparse de que llevara una bata transparente, de nylon, a contraluz de una buena lámpara interior. O quizá preocupándose bien de ello.

—Sí, la buscaba.

—No está —sonrió la vecina, pasándose la lengua por los labios, lentamente. Le guiñó un ojo—. Es bonita la chica, ¿eh?

—Sí, es bonita—Fisher se dijo que parecía tonto repetirlo todo, pero aquella conversación era absurda. La vecina estaba muy bien formada y, evidentemente, se aburría en soledad. Pero él no podía perder el tiempo con ella—. ¿Sabe si tardará en volver?

—Oh, supongo que tardará bastante —rió la otra, agitando un brazo—. Varios días, al menos. ¿Por qué no pasa? Aunque no venda usted nada, charlaremos mejor en casa. Yo daré a la señorita Paluzzi cualquier recado que...

—No, gracias —cortó Fisher secamente—. No puedo esperar más. ¿Ha dicho usted... varios días?

—Sí, eso dije —ella empezó a mostrarse malhumorada. Dio un puntapié en el suelo, quizá irritada o quizá para que se abriese el vuelo de su bata, y el contraluz dejara paso a una exhibición más directa, hasta mucho más arriba de su rodilla.

—¿Adónde ha ido?

—Yo que sé —se encogió de hombros, con creciente enfado—. Creo que dijo a Vermont, o algo parecido... Buenas tardes.

Cerró de golpe, sin ceremonias. Seguiría aburriéndose en soledad. Y maldiciendo al joven visitante. Fisher sonrió, meneando la cabeza. A veces, a uno le ocurrían cosas así de peregrinas. Pero siempre cuando había mucho que hacer y poco tiempo por delante.

Regresó a la calle. En la acera, empezaban a cuajar los copos de nieve. El frío no era intenso, pero el cielo tenía un aspecto, hosco y feo. Ya se encendían luces en las calles y comercios. Desde el escaparate de una Agencia de Viajes, un risueño cartel, con arena, palmeras y blancos hoteles, le gritó la delicia de un invierno en Miami.

Eso estaba bien. Pero irse en pleno invierno a Vermont...

—Vermont—meditó, parándose en medio de la acera—. ¿Qué habrá

ido a hacer allí esa chica?

Había sacado un rato libre a su duro trabajo en la Oficina Federal, después de las vacaciones, para visitar a Lissa Paluzzi y cambiar impresiones con ella. Suponía que, después del año casi transcurrido, los sentimientos de ella podrían seguir leales a su afán de revancha, pero mucho menos apasionados que entonces, reciente la muerte trágica de su novio.

Y resultaba que Lissa Paluzzi se había ido a Vermont, donde ahora debía de estar nevando con mucha más intensidad que en Nueva York.

Se estremeció. Nieve... invierno... Recordó los sucesos de entonces. Y la postal de Lissa, recibida en Ontario.

—¿Tendrá ella razón? —masculló entre dientes.

Sacudió la cabeza. Siguió caminando, en busca de su automóvil, aparcado allí cerca. La nieve arreciaba en intensidad. Fisher, subiéndose el cuello del sobretodo, apresuró el paso. No quería creer que todo aquello volviera a repetirse. «Romeo y Julieta Smith» no aparecerían aquel año. No aparecerían nunca más.

Hasta diez días más tarde no sucedió aquello.

Entonces, en la Oficina Federal de Investigación se recibió el telegrama, fechado en Bennington, ciudad de mediana importancia, al oeste de Vermont.

Allí se comunicaba al F.B.I, que un albergue próximo a la carretera había sido asaltado por dos personas de diferente sexo. Un hombre joven, de baja estatura, y una mujer rubia, de ojos pardos.

Se habían presentado como huéspedes del hotel, recién casados. Dijeron venir de Nueva York y llamarse «señor y señora Smith». Poco después tenía lugar el atraco. Los propietarios del albergue acababan de retirar una fuerte cantidad en metálico del Banco más próximo para pagos y gastos de final de mes.

El dueño del local intentó resistir a los asaltantes. Había muerto a tiros. Y fue la mujer la que disparó su metralleta sobre el infortunado propietario del albergue. Su esposa se encontraba enferma de cuidado, internada en una clínica próxima, bajo los efectos de un fuerte «shock» y ataque cardíaco, tras ser testigo del crimen que su esposo fue víctima.

Ese era el informe teleografiado por la Policía de Vermont al F.B.I., cuando apenas había comenzado el invierno, y la nieve blanqueaba ya las carreteras de Vermont y del Estado de Nueva York...

Capítulo

VI

EL albergue no tenía nada especial que pudiera distinguirlo de otros, al menos de otros situados en las mismas latitudes del Vermont norteño, frío, blanco, propio de las «White Christmas» de Irving Berlin.

Una finca de recia madera, situada en una loma que la nieve había cubierto de un blanco casi irreal, deslumbrante y esponjoso, espeso y blando bajo la pisada del viajero.

Ahora, un tablón anunciaba en la puerta: «CERRADO A TODOS LOS EFECTOS». Policías uniformados, con el escudo de Vermont en sus guerreras, deambulaban por la zona rural donde sucediera el sangriento incidente. Después de todo, pensó Orwell Fisher, parado frente a la casa, todo Vermont era rural. Tierra de campesinos, de fabricantes de queso, de aserradores de madera, surcado por el presente de las cintas asfaltadas y amplias que eran sus carreteras.

Fisher aún llevaba en sí el recuerdo de Bennington, la ciudad semiindustrial más próxima al albergue atracado por la pareja asesina. Una vieja ciudad que parecía un museo histórico, junto al nuevo Bennington, el que se extendía en la llanura de Walloomac, con el contraste de su aire fabril, industrial y moderno.

Ahora, de nuevo frente al auténtico Vermont de ámbito rural, familiar, tradicional, recordaba que se hallaba en el corazón mismo de Nueva Inglaterra. Y, sobre todo eso, recordaba que estaba en el lugar donde otro hombre había muerto, víctima de «Romeo y Julieta Smith»...

Uno de los policías salió de la casa. Sus botas pisaron la nieve, haciéndola crujir blandamente. Miró a Fisher y meneó la cabeza, con desaliento.

—Nada—dijo—. Siempre lo mismo. Ni una huella, señor. Ni un rastro que nos indique hacia dónde fueron, después de dar el golpe aquí...

—¿Se sabe si vinieron en coche?

—Sí. Un conserje recuerda haber visto un viejo coche de segunda mano, el que traía la pareja. Por la descripción, pudieron comprarlo barato en cualquier establecimiento dedicado a tales transacciones. No nos dirá nada el detalle. Es posible que lo hallemos en algún lugar del Estado, abandonado por sus ocupantes.

—Ya imaginaba eso—suspiró Fisher, contemplándose las punteras de sus zapatos, festoneadas de nieve—. ¿Descripción de los culpables?

—La de siempre: la chica, pelo rubio, ojos pardos. El hombre, de baja estatura, pelo castaño claro, abundante. Parecían dos tórtolos enamorados. Pero fueron dos bestias dañinas en cuanto soltaron la máscara.

—Sí, lo de siempre. Rubia o morena, pelirroja o castaña, es ella. Y él, también... —Fisher caminó, descendiendo la rampa que, formando escalones, conducía a la carretera, desde la suave loma blanqueada por la nieve. Caían copos, escasos y débiles. Se paró en la cuneta, contempló la ruta desierta, la franja de asfalto que doblaba la próxima curva, hacia Bennington. Miró hasta el horizonte, gris y brumoso—. Dios mío, ¿adónde habrán ido ahora? ¿Dónde se meten después de sus crímenes? Es para enloquecer...

Se mantuvo unos momentos callado, inmóvil. Arriba, en la casa, se abrió de nuevo la puerta de recia madera. Asomó otro policía, con el emblema de la bandera barrada en rojo y blanco y el estrellado sol de Vermont en un ángulo. Llamó:

—¡Eh, conferencia telefónica! ¡Para el agente Orwell Fisher, del F.B.I.!

Fisher pegó un respingo. No esperaba que nadie le llamase. Seguramente era Washington, interesándose por el nuevo suceso, que marcaba un fracaso para la red cuidadosamente tendida el invierno anterior por el F.B.I, y las fuerzas de Policía locales.

—Ya voy—corrió por la rampa, hacia arriba. Se reunió con el policía, en la entrada al clausurado albergue—. ¿Es Washington, agente?

—No, no—sonrió el policía local—. Es Manchester Center.

—¿Eh?

—Manchester Center, señor. Una ciudad de Vermont, no lejos de

aquí. Está a cosa de veintitantas millas por carretera. Le llaman desde allí. Es una mujer.

Fisher, estupefacto, continuó hacia el interior. El teléfono del comptoir estaba descolgado. Lo tomó, interpelando abruptamente:

—¿Dígame? Fisher al habla.

—¿Orwell Fisher, agente federal? —habló una voz femenina, distante y no muy clara.

—Sí, sí. ¿Quién habla ahí?

—Podría decirle que soy «Julieta Smith». Pero no le haré tan mala pasada, Fisher. Soy yo, Lissa. Lissa Paluzzi.

—¡Lissa! ¡Usted otra vez! ¿Qué mil diablos hace en Manchester Center?

—Ya lo ve: telefonearle.

—Sabe sobradamente a lo que me estoy refiriendo, Lissa. ¿Qué fue a hacer ahí?

—Lo mismo que usted ahí: busco, a «Romeo y Julieta». Romántico, ¿no?

—¿Se ha vuelto loca? ¿Quién la ha mandado meterse en esto?

—Yo misma. Obedezco mis propias órdenes siempre que puedo. Escuche, Fisher: sé que usted está ahora más cerca que yo de la pareja. Pero sólo por una circunstancia: la de que volvieron a atacar, sorprendiendo al F.B.I, y a la Policía. ¿No es eso cierto? ¿No está probándose que todos sus recursos y medidas son tan inútiles como los que yo pudiera tomar, sin más ayudas?

—No voy a discutir eso con usted, Lissa. Ni siquiera el F.B.I, puede controlar todos los rincones del país donde esas alimañas puedan hacer acto de presencia. Pero el cerco se estrecha. Acabaremos con ellos en breve. ¿Por qué ha venido a Vermont?

—Porque sabía que este año sería aquí.

—¿Qué?

—Antes, Massachusetts. Ahora, Nueva York. Después... Vermont. Es un círculo, ¿no lo entiende? Es evidente que no se ha preocupado de tomar un mapa y trazar en él una serie de puntos rojos, marcando los sitios donde sucedieron los anteriores ataques de esa gente. Si lo hiciera... vería que son casi equidistantes de un núcleo central en el Estado de Nueva York, entre Albany, Utica y Kingston. Justamente la crítica zona de los sucesos del año anterior, ¿recuerda?

—¡Espere, Lissa! ¿Qué quiere decir con todo eso?

—Creí que un federal no necesitaba aclaraciones. He oído por radio

lo sucedido ahí, en el albergue de Bennington. ¿Sabía que yo estuve ya en Bennington antes de suceder? Ahora, es posible que el sitio elegido sea Manchester Center.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Dos cosas. La primera, que este lugar está también equidistante de esa zona neoyorquina, y es el que más abunda en paradores y en industrias hoteleras aisladas, en toda esta parte de Vermont.

—Muy bien. ¿Y la segunda?

—La segunda... que estoy vigilando a una pareja, Fisher.

Un sudor frío invadió toda la epidermis de Orwell al oír eso. Sintió incluso cómo se erizaban los cabellos de su nuca.

—¡No! —jadeó—. ¿No estará intentando decirme que... que...?

Ella se echó a reír. Una risa la suya que tenía una extraña mezcla de jovialidad, de sarcasmo y de dureza. Sus siguientes palabras, lentas y firmes, tuvieron para Fisher un significado claro y siniestro:

—Sí, señor federal. Estoy intentando decirle justamente eso. Sin ser policía, sé utilizar mi propia inteligencia y mi sentido de la deducción. Ya le dije que no renuncio a la venganza. He venido a Vermont, segura de encontrar a la pareja asesina. Y la he encontrado. ELLOS ESTAN AHORA EN MANCHESTER CENTER, amigo mío...

Soltó otra breve, acerada risa, y colgó bruscamente el teléfono. El chasquido que éste produjo, en el oído de Fisher, le dio al joven la lúgubre, atroz impresión, de que era el que produciría un ataúd al cerrarse. Un ataúd para aquella muchacha inteligente, imaginativa y llena de imprudencia que era Lissa Paluzzi...

—¡Eh, escuche, escuche! —gritó en vano. Nadie respondía ya. Al otro extremo del hilo, el silencio había seguido al desafío inaudito de Lissa.

Irritado, golpeó la horquilla varias veces, hasta que una voz de mujer, muy diferente a la de Lissa, respondió, monocorde y profesional.

—Centralilla de Bennington, Servicio Rural. ¿Qué desea, señor?

—¡Ese número, el número con el que acabo de comunicar! ¡Es urgente que me lo dé! ¡Muy urgente, señorita!

—Lo siento, señor. Sólo puedo decirle que era una llamada de Manchester Center. Pero eso supongo que debe saberlo ya usted, ¿no es cierto?

—¡Escuche, por Dios! ¡No es eso a lo que me estoy refiriendo! ¡Sé que provino la llamada de Manchester Center, señorita! ¡Lo que quiero es saber el número! ¡EL NUMERO! ¿Me ha entendido?

—No me es posible atender su petición, señor...

—¡Telefonista! —rugió Orwell—. ¡Soy agente de la Oficina Federal de Investigación! ¡Le exijo ese dato! ¡Haga lo que sea posible por localizar el origen de la llamada! ¡Y enseguida!

—Bueno, no sabía... no podía saber... Espere, señor. Yo no sé el dato que me pide, ni tengo otro medio de averiguarlo que llamar a Manchester Center. Esperemos que la operadora de allí nos pueda aclamar la cuestión.

—Bien, llame entonces sin perder tiempo. Espero aquí. Recuerde que es de la máxima urgencia. Una vida puede depender de esto, telefonista.

—No lo olvidaré, señor... —era evidente que la operadora, aterrorizada, no sabía ni qué decir.

Fisher se quedó pegado al teléfono. Encendió nerviosamente un cigarrillo, en tanto esperaba la comunicación relacionada con su apremiante demanda. Fumó, preocupado, tabaleando con la mano en el mostrador del vacío «comptoir» del albergue.

Por fin, el teléfono volvió a poblarse de sonidos.

—¿Oiga? ¿Es el señor Fisher? —habló la telefonista.

—¡Sí, sí! Fisher, del F.B.I. ¿Qué hay sobre Manchester Center?

—Señor, la operadora de allí tomó nota del número de origen de la llamada. Era de un lugar situado en el extrarradio de la población. Concretamente, el teléfono correspondía al «Ethan Allen Motel», cerca del río Batton Kill. Es el informe que tengo, señor.

—Gracias—secamente, Fisher colgó el receptor.

Salió como una exhalación al exterior. Se encaró con uno de los policías uniformados.

—¡Telefoneen a la Policía de Manchester Center! —silabeó—. Hay motivos suficientes para suponer que nuestra pareja se encuentra allí. Que vigilen, especialmente, el «Ethan Allen Motel». Pueden estar allí. Y también una muchacha llamada Lissa Paluzzi. Deberán vigilarla o, a ser posible, detenerla sin provocar escándalos, sin que nadie lo advierta. Es muy importante.

—Pero... ¿qué diablos sucede? —se asombró el policía.

—Perdería mucho tiempo en contárselo. ¿Cómo puedo llegar antes a Manchester Center?

—Por esa carretera, por supuesto. Hay buen camino hasta allá.

—¿Sabe dónde está el motel?

—Claro. En Vermont todos sabemos siempre dónde está aquello que tenga el nombre de Ethan Allen—rió el agente—. Vaya al Batton Kill

River. Entre el río y la carretera, encontrará ese motel. Es el mejor de Manchester Center, señor. Pero me gustaría saber lo que sucede...

—A mí también, amigo mío—gruñó Fisher, lanzándose a la carrera hacia su coche, parado en el borde del sendero de asfalto.

Fisher saltó dentro del vehículo y lo puso en marcha. Se alejó hacia el Norte, entre montículos de nieve, bajo el cielo gris, espeso y frío del blanco Vermont.

En su mente, sólo había dos ideas obsesivas:

La pareja de asesinos, parecía estar en Manchester Center. Y Lissa Paluzzi estaba allí...

La pareja podía escapar. O podía advertir que había sido identificada por Lissa. Si eso sucedía, la vida de Lissa no valdría ni un centavo desde ese mismo instante.

Fisher, pegado al volante, conduciendo a buena velocidad, e incluso pisando más y más a fondo el acelerador, volaba materialmente a pesar de lo resbaladizo de la helada pista de asfaltó, hacia Manchester Center.

No tanto por la posibilidad soñada de dar alcance a los «tórtolos sangrientos», sino por intentar algo en favor de la temeraria, imprudente muchacha empeñada en vengar la memoria de Douglas Graham, su prometido asesinado en el «Road House Club» de Albany.

—¿Por qué diablos tengo que hacer esto en favor de esa chica loca y torpe? —gruñó Fisher, rabiosamente—. ¡Debería dejarla en manos de esos dos asesinos, como un escarmiento a su estupidez en meterse a hacer de detective!

Pero en el fondo, sabía que todo eso era simple malhumor. Lissa era un ser humano, metido en gravísimo peligro por un equivocado sentido de la justicia. Y, sobre todo, era una muchacha encantadora, humanísima, que sabía querer y sabía ser fiel al recuerdo de ese cariño.

Aunque su lealtad mal entendida pudiera ahora tener un elevadísimo precio, inútil por otro lado, la propia vida de Lissa.

Fisher sabía que, si al llegar a Manchester Center era demasiado tarde, y Lissa Paluzzi había sido descubierta por los astutos asesinos de las carreteras, era muy posible que ya nunca más dieran con su rastro, porque la pareja se daría cuenta de que el cerco se estrechaba en torno suyo, y se eclipsarían definitivamente o variarían radicalmente su táctica. Pero dejando tras de sí un nuevo cadáver: el de Lissa Paluzzi.

Eran dos desastres. Dos desastres simultáneos los que podían acontecer en cualquier momento.

Fisher no podía olvidar algo, molesto e irritante para un agente

federal, como para cualquier otro encargado de imponer la Ley: la imaginación femenina de Lissa Paluzzi le había ganado la partida, no sólo a él, sino a la Policía de Nueva York, la de Vermont y la del F.B.I.

Al menos, aún a riesgo de su propia vida, y si ella no había equivocado su identificación, Lissa había hallado a «Romeo y Julieta Smith»...

* * *

«Romeo y Julieta Smith» cruzaron el umbral. Cerraron la puerta tras de sí. Antes, él dirigió una mirada escudriñadora al exterior, a través de sus gafas de cristales oscuros.

Se cerró el «bungalow» del motel. El portazo fue seco, e hizo desprender montoncitos de nieve de la cornisa, sobre el sendero también nevado, donde el blanco se ensuciaba con el barrillo de las pisadas en terno a los trazos de césped y los setos festoneados de nieve.

Cuando «Romeo» miró al exterior, Lissa Paluzzi se lanzó rápidamente atrás, ocultándose tras el porche de su propio «bungalow», situado frente al de la pareja, en una diagonal muy pronunciada. Por un momento, contuvo el aliento y su corazón palpitó con fuerza.

Había tenido la impresión de que el hombre, a través de sus gafas de sol, miraba hacia ella.

Pero debía ser simple aprensión. No podían verla, no podían imaginar que alguien, en el sendero salpicado de «bungalows» del «Ethan Allen Motel», estuviese espionando su propio alojamiento, sus movimientos dentro de la residencia para automovilistas, situada entre la carretera general a New Hampshire, su cruce con la de Massachusetts, y el río Batton Kill.

Poco a poco, se calmó. Había luz en el «bungalow» de los Smith. Dos veces, ante las cortinas del ventanal, pasaron sombras de hombre y de mujer, con perfecta normalidad. No sucedía nada en absoluto.

Siguió espionando. Tras unos minutos, la luz se apagó. Esperó, tensa, por si la puerta se abría otra vez. No sucedió así. Todo quedó quieto, callado, en sombras. Los Smith se habían retirado a descansar. Como si sus conciencias estuviesen tan libres de preocupación como las de cualquier otro ciudadano vulgar.

Lissa esperó todavía unos minutos, a pesar del intenso frío de la noche. No nevaba, y eso empeoraba las cosas. La nieve caída los días anteriores sobre Vermont se estaba helando, y la temperatura era muy

baja. El cielo continuaba encapotado. Cuando volviera a nevar, la temperatura mejoraría, evidentemente.

Se frotó las manos enguantadas, sin perder de vista la fachada del «bungalow». Por el momento, no había prisas. Los Smith descansarían, al menos hasta el amanecer. Era como un margen de tiempo a su favor.

Meditó, mordiéndose los labios, más para sentir el dolor de sus dientes sobre la carne helada, que porque se sintiera realmente nerviosa. Una rara calma, una fría serenidad, la invadía en aquellos momentos de evidente riesgo. Sonrió un poco, imaginándose la ira impotente de Orwell Fisher, el federal, burlado por la intuición de una mujer.

Había sido pasmosamente simple encontrarse con los Smith. Al principio, ni siquiera pensó que fueran ellos. Luego, el hecho de ir amartelados, asemejando dos tórtolos, dos recién casados o cosa parecida, le hizo recordar la teoría de Fisher. Y por fin, el color del cabello del hombre y su forma, así como su baja estatura y su esbeltez, trajeron a su memoria la figura del enmascarado que exigió de Doug el portafolios aquel trágico día.

Eran ellos, estaba convencida. En el motel, terminó de convencerse, al escudriñar el libro-registro con un pretexto, y ver las firmas: J. Smith y F. Smith, matrimonio. No podía ser casual, aunque el apellido abundase en el país igual que la mala hierba.

El Destino tenía a veces cosas increíbles. Ciertamente que ella estudió muy atentamente el mapa de los Estados de Nueva York, Massachusetts y Vermont, cierto que trazó círculos rojos, trayectorias punteadas, formas geométricas complicadas, hasta encontrarse con el indicio cierto de que todos los puntos atacados equidistaban de un núcleo o foco central, posible origen de todo. Pero en Vermont había muchos sitios para elegir, al simple azar.

Entonces pensó en Bennington. Estuvo allí. Bennington era sitio industrial, próspero. Había dinero, y tenía un importante nudo de carreteras. Las carreteras eran fundamentales en el caso, si la teoría de Fisher y de ella misma era la auténtica.

Pero en Bennington no sucedió nada. Ella lo recorrió todo, antes de elegir otro punto. Y, nada más salir, en dirección ahora a Rutland, más al Norte, se había enterado: un albergue de Bennington, asaltado. Su propietario, muerto. Culpables: una pareja joven, aparentemente unos novios, amantes o recién casados.

Entonces, Lissa Paluzzi había entrado en acción.

Sabía que la Policía lo haría simultáneamente, y que la Patrulla de Caminos, los agentes de Vermont y los federales, controlarían todos los puntos estratégicos de las carreteras que partían de Bennington, en busca de la pareja asesina.

Ella no resolvería nada, siguiendo la táctica de la Policía. Por tanto, tomó la suya propia, confiando mucho en la fortuna y mucho en su propio instinto. Se preguntó a sí misma:

—¿Qué harías tú, Lissa Paluzzi, si hubieras cometido ese atraco y ese asesinato?

Las respuestas eran diversas y complejas. El acierto dependía en mucho de la psicología de los delincuentes. Pero rápidamente, Lissa tomó su propia decisión.

El peor y más difícil camino que salía de Bennington, era el que se desviaba hacia los montes Dorset, pasando por Manchester Center y el puente sobre el Batton Kill. También sería, en buena lógica, el menos controlado por las patrullas volantes de la Policía.

Y Manchester Center era uno de los círculos rojos de sus geométricos trazos sobre los mapas de los tres Estados limítrofes.

Era la llamada del instinto, adobada con un cierto sentido de la lógica. Quiso dejarse conducir por todo ello. Tomó la dirección de Manchester Center. Pero no cometió el mismo error que, sin duda, estaba cometiendo la Policía en todas las ocasiones: controlar las parejas que cruzaran la carretera, en automóvil, en cualquier otro vehículo o por su propio pie.

Había algo. Algo que Lissa no entendía aún lo que podía ser, pero que despistaba a la Policía y rompía la red por algún punto. Ese «algo» era un factor que utilizaban eficazmente los criminales. Ella no quería ser engañada por el mismo sistema, como sin duda sucedería en las rutas asfaltadas de Vermont.

De modo que tomó una determinación más simple. Se encaminó directamente a Manchester Center, y estudió, sobre el mapa local, las diversas entradas a la ciudad, después de dejar la ruta secundaria desde Bennington, a través del río.

Había tres posibles accesos al centro de la ciudad, y los tres terminaban en una plaza de provinciano aspecto, con mucho del estilo de la Nueva Inglaterra. Allí, en la plaza, diversos indicadores señalaban rutas automovilísticas, hoteles, moteles y cosas parecidas.

Lissa se situó en esa plaza, con su coche aparcado junto a una fuente, y la mirada fija ante sí, en los accesos que la nieve festoneaba

con deslumbradores blancos. Fingía revisar mapas y planos, pero sus ojos estaban atentos al parabrisas y al espejo retrovisor, en una tensa espera.

Pasaron algunos vehículos, no muchos. La nieve no animaba a las gentes a viajar en el duro invierno de Vermont. Por fin, asomó un moderno, estilizado «Cadillac» de color oscuro y largas líneas aerodinámicas.

Por un instante, Lissa estuvo a punto de engañarse a sí misma. El reflejo de la luz en la nieve, dio al cabello del conductor del coche un tono dorado, que por un momento, unido a su baja estatura, le hizo parecer diferente. Lissa llegó a imaginar que eran dos mujeres.

El error apenas duró un par de segundos. Al cesar el reflejo y pasar el «Cadillac» ante ella, descubrió que eran dos jóvenes, hombre y mujer. El, de cabello castaño claro y mechón pronunciado, sobre la frente. Ella, de pelo moreno ahora y ojos indefinibles tras las gafas de sol. El también lucía gafas de cristales oscuros, pero eso podía ser para combatir los reverberos en la nieve.

Sólo que Lissa estuvo segura de que eran ellos.

Los imaginó, enmascarados y armados, en medio del «Road House Club». Se estremeció. Sí, eran ellos.

Tomaron por la calle descendente que, bordeando el centro de la población, conducía a otro punto del río. Y al «Ethan Allen Motel».

Dejó pasar unos segundos de margen. Luego, como tenía en marcha el motor, partió tras ellos, con un simple cambio de marchas y pisar el embrague y acelerador.

Así comenzó la cacería. O así terminó...

Ahora, Lissa estaba en el mismo motel que los señores Smith. Espiando el «bungalow de la pareja. Preguntándose, también, cómo podrían haber pasado el cerco policial de las rutas de Vermont, igual que antes lo hicieran ya en Nueva York, en Massachusetts...

La oscuridad y el silencio continuaban en el «bungalow» opuesto. Lissa suspiró, estremecida por el intenso frío, y regresó al interior de su propio alojamiento en el motel.

Cerró la puerta sin ruido. No encendió la luz. No quería provocar sospechas en absoluto. Sabía que el más leve recelo provocaría el terror en la pareja. Que escaparía de allí, sin pérdida de tiempo... o caería sobre ella, para asesinarla.

La idea resultaba desagradable y era, evidentemente, la que albergaba el propio Fisher, a juzgar por su reacción a la llamada

telefónica de la joven.

Sonrió, tras asegurar la puerta de entrada con pestillo y cadenita. Se sentía segura después de hacer eso. Era fuerte, animosa. Todo lo contrario de una débil doncella en peligro, pensó con cierto humorismo. Había practicado ejercicios, era buena gimnasta, hábil y elástica. La clásica desvalida de los melodramas, estaba tan lejos de ella como la Corte del Rey Arturo podía estarlo de la democrática América.

Sin embargo, tuvo un repentino temor que la asaltó, preocupándola. Se dijo que no era prudente estar metida en aquello sin armas. Vivir tan cerca de dos presuntos asesinos, feroces e implacables sin la protección de una pistola, de una navaja o de unas simples tijeras bien afiladas.

Era tarde para rectificar ese error. No quería abandonar el motel, porque si ellos la llegaban a ver, posiblemente la identificasen, echándolo todo a rodar. Y mientras su táctica fuese cautelosa, sin arriesgar demasiado en el dramático juego, no tenía por qué pensar en la inminencia de un peligro.

Esa idea la tranquilizó de nuevo. La habitual serenidad de Lissa volvió a ella. Suspiró, dando unos pasos en la oscuridad, por el pequeño corredor que unía el recibidor del «bungalow» que arrendara en el motel, con las dos habitaciones gemelas y el servicio de baño y lavabos, al fondo de la casita entre jardines, ahora velados por el manto blanco de la nieve. Dentro del «bungalow», era aire acondicionado era cálido y confortable, haciendo que uno se olvidara un poco del duro invierno exterior.

Encendió un cigarrillo. Lo prendió y la brasa se movió en la oscuridad, ante ella, como una lucecilla sangrienta que flotara en la sombra, independiente de sus propios movimientos.

Empezó a despojarse de las ropas, para entrar en la ducha. Se sentía cansada, somnolienta. Una buena ducha la permitiría mantenerse en vela durante la noche, en espera de cualquier acción imprevista de sus vecinos.

Estiró la mano, una vez en dos piezas interiores su cuerpo, turgente y firme, de vibrantes carnes elásticas y bien moldeadas, como una estatua en la oscuridad. Iba a girar la llave de la ducha caliente y fría, para dejar tibia el agua.

Entonces, se detuvo en medio de aquel gesto. Aguzó el oído, con una repentina, brusca crispación de sus nervios. Un frío glacial subió por su espina dorsal, pese a la buena temperatura del «bungalow».

El picaporte de la puerta de entrada había girado suavemente. Dos

veces.

Se volvió lentamente, con un súbito galope de su corazón dentro del pecho. Miró, trémula, hacia la puerta de entrada. Estuvo segura de que crujía levemente, como si alguien tratara de moverla en vano. Fuera, en el porche, la caída sorda de un montón de nieve de la cornisa probó su recelo.

Estaban intentando abrir.

El terror hizo acto de presencia. Pareció descolgarse de las sombras, como algo sólido, y pesar angustiosamente sobre el pecho y las sienes de Lissa Paluzzi, ante cuyos ojos la sombra se pobló de chispas. De sus labios cayó el cigarrillo al suelo, pero ni siquiera se dio cuenta.

Avanzó, paso a paso, hacia la puerta. Estiró maquinalmente su mano, tomando la blusa, que se puso sobre su corpiño y «slip», sin más prendas. Con las piernas desnudas, cubiertas hasta medio muslo, abotonó de mala manera dos botones de la blusa y avanzó hasta muy cerca de la ventana, junto a la puerta frontal del «bungalow».

Respiró, aliviada. La ventana tenía un enrejado de forja, que impedía el acceso a cualquier intruso. Rápida, resueltamente, se inclinó. Alzó la cortina floreada de la ventana. Miró al exterior, iluminado por las luces de los senderos del motel, cuya claridad duplicaba el albor de la nieve.

Contuvo la respiración otra vez. No había nadie. Pero la pella de nieve desprendida de la cornisa, se derretía sobre las baldosas, ante la puerta. Y había pisadas. Pisadas de zapatos de hombre doblando la esquina del «bungalow».

El terror creció.

Angustiosamente, Lissa evocó la ventana pequeña, de vidrio escarchado, que había en la ducha. Esa... no tenía enrejado. Era alta, pero se podía alcanzar. Era estrecha, pero cabía un hombre por ella. Especialmente, un hombre pequeño y delgado...

Corrió de nuevo hacia la ducha, sobre sus pies desnudos que apenas producían ruido. Se detuvo en seco, a la puerta del aseo. Aguzó el oído cuanto le fue posible. No percibió nada. Ni un roce, ni un paso, ni una respiración.

Pero el silencio resultaba ahora terriblemente ominoso, casi cruel. Era como la seguridad muda, terriblemente silenciosa, de que allí afuera acechaba alguien, esperaba alguien...

Tomó una decisión. Rápida, avanzó a zancadas hacia su dormitorio. No encendió la luz. La claridad que se filtraba por las persianas de

madera de los ventanales, caía a franjas sobre el lecho y la mesilla. Y, naturalmente, también sobre el teléfono.

El teléfono...

Comunicaba directamente con la recepción del motel. A menos de ciento cincuenta metros del «bungalow». Quizás cometiera un error al despertar la alarma, pero no quería correr el riesgo de ser asesinada sin posibilidad alguna de salvación.

Alzó de pronto el auricular. Zumbó la llamada, allá en la centralilla. Descolgaron inmediatamente:

—¿Diga?

Iba a hablar Lissa. De súbito, sonó aquel chasquido. Un «clac» extraño, que no era producto de la línea o del propio teléfono. Lissa, aterrada, llamó:

—¡Oiga! ¡Oiga! ¡Aquí el «bungalow» diecinueve! ¡Es urgente! ¿Me escucha?

Silencio total. No respondía nadie. Colgó, angustiada. Volvió a descolgar y repitió:

—¡Centralilla! ¡Aquí, el «bungalow» diecinueve! ¡Soy Lissa Paluzzi! ¡Es urgente! ¡Suced algo que...!

Dejó de hablar. Comprendía que era inútil. Lo siguió siendo, cuando ella golpeó y golpeó sobre la horquilla. No había comunicación.

La habían cortado.

Alguien, en el exterior, había desconectado el hito telefónico, posiblemente con un cortaplumas o unos alicates. Estaba aislada dentro del «bungalow». Podía salir, gritar en la noche. Pero salir significaría la muerte para mucho antes de que lograra provocar la alarma en el motel.

De súbito, se quebraron los vidrios, allá en el baño.

Un impacto seco, violento, y cayeron fragmentos de vidrios al suelo. Un forcejeo siguió a eso. Un jadeo humano, significativo y terrible.

Lissa se mordió la mano, los labios, para no gritar. Sus ojos dilatados miraban, con profundo terror, hacia el cercano cuarto de ducha y aseo. Nueva rotura de vidrios, precedió a un jadeo más intenso. Crujió una madera, saltó un pestillo, con brusco chirrido.

Alguien había abierto la ventana estrecha del baño. Alguien estaba entrando por ella.

La Muerte.

Capítulo

VII

LA puerta fue empujada bruscamente. El hombre penetró con violencia, entre ramalazos de viento frío y de nieve. Se quedó plantado ante el conserje de noche, con aire belicoso.

—Buenas noches—saludó éste, sorprendido—. ¿Qué le sucede, señor?

El recién llegado mostró una credencial. El conserje pudo ver el emblema del F.B.I, sobre la fotografía sellada del hombre. Miró a éste con mayor respeto.

—Agente federal—dijo roncamente Orwell Fisher, guardando su credencial—. Es urgente. ¿Dónde está la señorita Paluzzi? Lissa Paluzzi es su nombre completo.

—Oh, Lissa Paluzzi—asintió el conserje, aún aturdido—. No es tan urgente, señor. Ella continúa residiendo en nuestro motel. «Bungalow» diecinueve, señor.

—Bien—Fisher respiró, aliviado. Echó una ojeada al reloj situado sobre el mostrador de recepción. Las doce y veinte. No era una hora oportuna para molestar sin motivo—. ¿Y los señores Smith, residen también aquí?

—¿Smith ha dicho? —el hombre sonrió, meneando la cabeza—. Durante el año, albergamos al menos a doscientos Smith. Espere, por favor...

Consultó el libro-registro. Afirmó, con cierto entusiasmo, cuando su dedo se detuvo en una casilla.

—Oh, sí, sí—aseguró, con énfasis—. Señor y señora Smith. «Bungalow» dieciséis.

—Dieciséis... —escudriñó al conserje, arrugando el ceño, nada

tranquilo—. Eso estará cerca del diecinueve, ¿verdad?

—Enfrente. Respetamos los pares e impares, situándolos a los lados opuestos, señor.

—Ya—señaló al teléfono, aún jadeante por la carrera emprendida, tanto en su coche, a través de la helada carretera, como desde el coche a la conserjería del «Than Allen Motel»—. ¿Quiere llamarla, para ver si está en el «bungalow» en estos momentos?

—Sí, ella está allí—consultó un casillero el conserje—. No está aquí la llave.

—A pesar de todo, prefiero que la llame.

—Está bien—se encogió de hombros—. Si lo prefiere así...

Conectó una clavija en el cuadro telefónico interior, y se puso los auriculares. Aproximó un micrófono a su boca. Pareció escuchar algo. De pronto, levantó la cabeza, como en un sobresalto, y clavó su mirada en Fisher, al tiempo que se quitaba los auriculares, en un movimiento lento, como desganado.

—Eh, espere, señor—habló—. Ahora recuerdo...

—¿Qué es lo que recuerda? —impaciencia e inquietud asomaron por un igual a los ojos de Fisher—. ¡Vamos, abrevie, por favor!

—Llamaron hace rato por teléfono... Desde el «bungalow» diecinueve.

—¿Y bien?

—Nada. Sólo eso. Llamaron. Yo me puse, esperando la comunicación. No dijeron nada, sin embargo. La línea continuó muda y cortaron. Esperé en vano, y yo también corté. Ocurre a veces, y no hay motivo de alarma.

—¿Seguro que eso era en el diecinueve?

—Seguro, señor—sonrió el conserje, señalando la centralilla—. Ahí queda encendido el número que llama, en cuanto se establece comunicación. Ahora tampoco contestan.

—¡Pronto, llame usted al «bungalow» dieciséis! ¿Quiere hacerlo? —pidió Fisher, muy pálido.

—Sí, sí—pareció darse cuenta de que la cosa era urgente, y puso la clavija en un orificio numerado. Esperaron en vano a que el dieciséis se encendiera, marcando contacto.

El conserje, ceñudo, se quitó de nuevo los auriculares.

—Nada—miró a Fisher, aturdido—. El teléfono suena, pero no contesta nadie. Es raro...

—¿El qué es raro? Pueden tener el sueño fuerte. O haber salido a pasear...

—No era eso. Digo que es raro que suene el teléfono del dieciséis, señor. Ahora me doy cuenta de que el del diecinueve no suena. Ni siquiera comunica, como sucedería de estar descolgado...

—Por tanto... ¡cortaron la línea! —jadeó Fisher, dilatando los ojos.

—Sí, es lo que parece, señor... —empezó a asustarse también el conserje.

Con un juramento, Fisher se precipitó a la puerta de recepción, pero ahora llevando la mano al interior de su chaqueta. La extrajo armada de un revólver calibre 38, reglamentarlo de los agentes especiales de la Oficina Federal de Investigación. Se precipitó fuera, como una exhalación.

Su carrera rampa arriba, entre «bungalows» apagados, setos rematados por la blanca nata de la nieve, y parterres con agujas heladas, fue impresionante. Los pies del federal, a enormes zancadas, ni siquiera parecían tocar el suelo, donde a veces patinaba en un inverosímil sostenimiento del equilibrio, que nunca culminaba en caída o traspies a pesar de lo peligroso del terreno helado que pisaba.

El «bungalow» diecinueve del confortable y amplio motel se hallaba en plena loma, al volver un recodo de las dos carreteras privadas, ascendente y descendente, por las que podían subir los automóviles hasta sus respectivos aparcamientos o garajes colectivos, para un máximo de diez o doce coches.

Fisher alcanzó la vivienda de Lissa Paluzzi en unas últimas zancadas realmente increíbles, salvando de un limpio brinco el recuadro de césped que separaba el «bungalow» de la carretera ascendente.

Escudriñó en torno, sin perder en su ojeada el «bungalow» dieciséis, oscuro y cerrado. Ahora, los Smith eran cosa secundaria. Lo importante era Lissa. Lissa... y su vida.

Se detuvo en el porche, examinándolo todo atentamente. Se preguntó si no habría exagerado al considerar dramáticamente los hechos. Nada mostraba allí señales de violencia. La puerta cerrada, las ventanas intactas, con sus alegres cortinas estampadas, el porche desierto y callado...

Comenzó a rodear la casa. Era visible el poste telefónico, sobre el techo del edificio de una sola planta. Los cables que comunicaban con la centralilla del motel pasaban por allí.

Los ojos de Fisher se enturbiaron, y el arma tembló en su mano.

Sobre el muro, un cable colgaba, limpiamente seccionado, todavía con hilos en torno al cable interior. Aquello, al menos, era cierto. Alguien cortó el hilo telefónico, incomunicando el «bungalow». La angustia del federal subió varios grados, si ello era posible.

Terminó de rodear la casa, con creciente rapidez. Entonces descubrió la ventana rota. Y la puerta balcón de un dormitorio, abierta de par en par, agitándose las cortinas a impulsos del viento frío de la noche, sucio de fango y de nieve el umbral de entrada.

Tras esas puertas, fuertes contrapuestas. Persiana de madera pintada en un alegre tono crema, habían sido abiertas fácilmente. Sin duda, desde el interior.

—Lo logró... —dijo roncamente Fisher, encajando las mandíbulas con desesperada impotencia—. Logró entrar aquí... por esa ventana trasera. Y no hay duda de que salió de la casa por este otro lado...

Penetró, amartillando su revólver, dispuesto a hacer fuego sobre cualquier persona que no fuese Lissa Paluzzi. Pero en el fondo, temía no tener a nadie a quien elegir como blanco de sus disparos.

—¡Lissa! —llamó, con voz clara y potente—. ¡Lissa, soy yo! ¡Orwell Fisher! ¡Lissa, responda, dondequiera que esté!

Sabía que era perder tiempo, pero probó fortuna. Encendió de golpe las luces, sin dejar de llamar. Lissa no respondió. Nadie lo hizo.

Alcanzó el corredor, sin haber visto nada, salvo manchas de barro y nieve derretida a través del dormitorio. Podían ser huellas de pies, pero todo era confuso.

Se asomó al baño. La ventana abierta, los vidrios rotos, acusaban el lugar por donde alguien entró allí. Los ojos de Fisher se clavaron en una falda de mujer, en unas medias, unos zapatos de alto tacón...

Tomó la ropa con su zurda, mientras el cañón del revólver, en su derecha, recorría todos los rincones de la casa, bien alerta.

—Ropa de Lissa... —musitó—. Empezó a desnudarse sin duda, cuando...

Se estremeció. No quería pensar más. Siguió mirando en torno.

Vio el banco del corredor, caído en el suelo. Un espejo agrietado, un cuadro torcido, sobre la pared. Una cortina desordenadamente arrugada.

Y sangre.

Sangre en el suelo, en un charco oscuro, siniestro. Desde el charco, algunas gotas habíanse desplazado hacia la habitación de la puerta-balcón abierta. Nada más. De súbito, se interrumpía el reguero de

sangre.

—Dios mío... —jadeó, muy pálido, apoyándose de espaldas en el muro—. Lissa, pobre muchacha...

Apretó los labios, dominándose con dificultad. De súbito, se precipitó hacia adelante, soltó el pestillo, la cadena, abrió la puerta de un empujón, y se precipitó a la carrera hacia otro «bungalow: el dieciséis.

Cuando lo alcanzó, no se anduvo con rodeos. Cargó contra la puerta con toda la fuerza de sus hombros, anchos y macizos. La puerta crujió por dos veces, en sendos impactos, pero no cedió. Fisher, irritado, apuntó a la cerradura. Hizo fuego.

El estampido del revólver ahogó el chasquido del metal al reventar. Una nueva carga dejó colgando la cerradura y franqueó la entrada al agente del F.B.I., dispuesto ya a arrollarlo todo implacablemente.

Como un alud incontenible, Fisher penetró en el edificio, amartillando de nuevo el revólver, aunque su propio sentido común le decía que no iba a encontrar a nadie en el lugar, y todo el esfuerzo sería perfectamente inútil, a fin de cuentas.

Ciertamente, el «bungalow» dieciséis estaba vacío. Ni siquiera se habían tocado las dos carpas gemelas del dormitorio, ni ningún servicio del alojamiento. Una puerta-balcón aparecía entreabierta, como evidente punto de escape utilizado por la pareja ocupante. Ni un bulto, ni una maleta, ni una sola prenda de ropa que sirviera de rastro o indicio. Solamente un pote de porcelana en el calentador eléctrico del apartamento, con agua templada en el fondo. Y bolsas de papel-estaño, con café en polvo, concentrado, allá en una cesta papelera, entre periódicos, papel de envolver y la bolsa de un «super-market» local.

Fisher se detuvo, desalentado. Nada. A fin de cuentas, nada. Todo era un fracaso. Un tremendo y lúgubre fracaso. Había llegado tarde. Y Lissa Paluzzi había cometido su mayor error. Eran demasiado astutos los dos asesinos para una simple aficionada. Debieron advertir enseguida que eran vigilados, seguidos por la joven. Quizás uno de ellos logró reconocerla. Y desde ese mismo momento, su sentencia de muerte quedó firmada.

—¿Por qué lo haría? —jadeó' entre dientes, frotándose el sudoroso rostro con el dorso de la mano—. ¿Por qué...?

Nadie iba a contestarle allí. Las paredes eran mudas, y los muebles también. Debería de buscar la respuesta en otro lugar. No sabía en cuál, pero en otro. Allí, todo estaba hecho ya.

Cuando salió al porche, lentamente, el conserje de noche, un par de agentes de la policía local y un hombre macizo, vestido con pésimo gusto y armado de una voluminosa automática, acudían al «bungalow». En realidad, su meta era el diecinueve, pero al verle en el porche del dieciséis variaron de rumbo, encaminándose a su encuentro.

—¿Qué hay, señor? —indagó el conserje—. He llamado a estos agentes y al detective del motel. ¿No hay nada que podamos hacer?

—No, nada—suspiró Fisher roncamente, meneando la cabeza—. Se fueron todos. La señorita Paluzzi... y los Smith. Posiblemente iban juntos. Posiblemente, ella estaba ya muerta...

Regresó al interior del «bungalow», mientras los otros se quedaban fuera, entre perplejos y desanimados. No tenía la menor esperanza de encontrar nada, pero tampoco sabía qué hacer, y se dedicó a escudriñarlo todo, a registrar mueble por mueble, rincón por rincón. Podían haberse olvidado de algo, y eso tal vez le ayudara en alguna forma, aunque maldito si sabía qué podía ser ese algo y en qué manera le resultaría útil. Pero buscó. Buscó, como un sabueso infatigable.

Al final de la búsqueda, los resultados eran muy pobres. Un frasco diminuto, que había contenido algo parecido a la goma, con un leve olor ácido. El tapón formaba a la vez un pincel, endurecido por el gomoso contenido que tuviera el frasquito. Lo halló en una papelera del «bungalow», envuelto en unas hojas de diario, justamente el «Daily Clarion» de Rutland del día anterior.

Aquel olor, sin saber la razón, le recordaba algo relacionado con el teatro. Al final, logró caer en la naturaleza del contenido del frasco vacío: «mastik», una goma especial, usada en teatro para postizos. Enseguida le vino a la mente el diferente color del cabello de «Julieta Smith». Pelucas. Pelucas y «mastik» para adherirlas. Todo muy teatral.

Buscó más cosas, sin hallarlas. La papelera, salvo el frasco vacío y el papel arrugado que lo envolvía, no ofrecía ningún otro contenido. Ya iba a tirar Fisher ambas cosas a un lado, cuando una idea repentina le asaltó.

Aquel periódico de Rutland... ¿qué hacía allí?

Lo tomó. Volvió a hojearlo, pese a que aparecía arrugado, pegajoso por los últimos residuos del «mastik» teatral derramado en él.

No encontró nada especial... hasta la página de información local. Allí, de repente, el titular de un par de columnas saltó ante sus ojos. No sólo porque fuese sugestivo para él, sino porque alguien lo había rodeado con un trazo ovalado de lápiz rojo:

«CONVENCION DE NAVIDAD EN RUTLAND, VERMONT.

LOS PRINCIPALES DIRECTIVOS DE EMPRESAS TRANSPORTISTAS DEL ESTE DEL PAIS, SE REUNEN ESTA SEMANA EN LA CIUDAD DE RUTLAND, BAJO LA PRESIDENCIA DE MICHAEL MASKELL, DE LA «ACME TRADERS INC». DE ALBANY, N.Y.»

Había una amplia fotografía, a lo ancho de las dos columnas del diario. En ella, al pie de un gran autocar con el emblema de la «Convención de Transportistas de Nueva York», se veían rostros conocidos: el propio Michael Maskell, su encargado, Roy Lawrence, otros hombres más jóvenes y una muchacha, con los rasgos inconfundibles de la familia Maskell, en torno a Michael. En un ángulo del grupo, otra cara conocida: Dean Cole, convencionista que viera morir a Randell, a Barney y al negro Leavenwater, en el parador de Kingston.

—Dean Cole... Transportistas... Maskell... —la idea repentina saltó ante los ojos de Fisher—. ¡Cielos, claro! Es eso... ¡Es eso!

Se precipitó fuera del «bungalow» como una flecha. Llamó a voces a los empleados del motel, que acudieron a él. Fisher les miró con fijeza y pidió:

—Necesito una conferencia. Una conferencia urgente con la Asociación de Transportistas del Estado de Nueva York. Si no responden, otra con Saratoga Springs. Muy urgente, ¿entienden? No me moveré de aquí hasta tener la respuesta a lo que estoy buscando. Vamos, hay que llamar sin pérdida de tiempo.

—Sí, señor. ¿Sabe una cosa? —habló el conserje del motel, antes de partir hacia la recepción del amplio establecimiento.

—¿Cuál?

—Los Smith dejaron aquí su coche. Huyeron por la parte de atrás del motel, por su propio pie, salvando una cerca de ladrillo que da cerca del río. El automóvil de ellos es un «Cadillac» oscuro. Lo tienen en el garaje colectivo del segundo tramo de «bungalows». ¿Quiere verlo?

—Sí, lo veré—Fisher se encogió de hombros—. Pero seguramente no lograremos gran cosa con ello. Será un coche robado. Ellos nunca dejan un rastro claro tras de sí.

—Evidentemente, es robado—suspiró el conserje—. He visto la tarjeta de propiedad y la licencia del coche. Está a nombre de alguien que ni siquiera se llama Smith.

—Oh, por supuesto—Fisher miró al hombre, interesado—. ¿A qué nombre está extendido el permiso de ese automóvil, amigo?

—Al de un tipo llamado algo así como Maskell. Sí... Michael Maskell, de Nueva York...

Capítulo

VIII

—¡ROBADO! ¿Os han robado el automóvil?

Virginia asintió, confusa y aturdida. Incluso evitaba mirar a su padre.

—No sabemos cómo pudo suceder, papá—se lamentó la muchacha torpemente—. La señorita Bancroft y yo acabábamos de dejar a primo John en Middletown Spring, cuando sucedió... Dejamos el coche en la carretera, justamente detrás de un automóvil oscuro, de segunda mano, bastante anticuado. Estuvimos recorriendo el lugar, haciendo fotografías... Al volver, el auto no estaba. En cambio, el coche oscuro, de segunda mano, nadie ha ido a recogerlo. Allí continúa, y la Policía busca en vano a sus dueños.

Michael Maskell, ceñudo, contempló a su hija. El «Cadillac» perdido era de elevado valor. Pero no era cosa de llenar a Virginia de reproches. A fin de cuentas, ella no estaba habituada a andar por el mundo. Sobre todo, por un mundo lleno de pillos y de oportunistas. Tampoco le podía exigir mucho en ese terreno a la señorita Odile Bancroft. Ella, aunque joven, era profesora, educadora de jóvenes ricas, como Virginia. Una profesora, para Maskell, era siempre una especie rara, una mujer al margen de la existencia de los demás hombres y mujeres del mundo.

—Entiendo, hija—gruñó, dominando su malhumor—. No tenéis culpa de nada. Ese estúpido de John no debió pedirnos que le llevarais hasta allí. En invierno, con las carreteras heladas, con las dificultades de tráfico de esta época, en Vermont... Siempre será un maldito cabeza loca mi sobrino. Debía haberse quedado trabajando, en Saratoga Springs. Lo mismo que Garland, el cajero. Dice tu tío Stephen que hay demasiado trabajo acumulado. Sobre todo, lo referente a los asuntos

pendientes de la «New York Trade». En fin, no se gana nada con hablar. Espero que la Policía encuentre vuestro coche. Lo que hace falta es que, cuando eso suceda, se halle intacto.

—La señorita Bancroft tiene la teoría de que los ladrones fueron los conductores del coche de segunda mano—rió Virginia infantilmente, sacudiendo su cabecita de cabellos suavemente achampanados—. Es una teoría, ¿verdad, papá?

—Seguramente lo sea—sonrió Maskell, algo menos irritado—. La Policía verá eso, hija. No te preocupes más por la cuestión. Hemos venido a Vermont a pasarlo bien, no a sufrir por cosa alguna. ¿Y Odile Bancroft, tu maestra? ¿Dónde está?

—Se ha quedado en Middletown Springs, hasta que se aclare la cuestión o la Policía nos oriente de algún modo. En cierto modo, ella se siente culpable de lo que sucede.

—Ya entiendo. No debió hacerlo. Nadie tiene culpa de que el mundo esté lleno de locos, de ladrones, de asesinos incluso...

—Asesinos... —se estremeció Virginia Maskell—. Cielos, papá. Casi me asustas.

—No lo digo por eso. A tus diecinueve años, no lo entenderías, Virginia. Pero el mundo es más perverso, sucio y cruel de lo que uno imagina a tu edad. No, ni Odile Bancroft ni tú tuvisteis culpa alguna de lo sucedido... Es posible que ella tenga razón: haya tipos tan locos que dejen su coche viejo, para cambiarlo por otro mejor... robado. Sí, acaso sean los del coche de segunda mano. Pero no te tortures. Si son ellos, los cogerá la Policía. A estas horas, incluso es posible que sepan su nombre...

Virginia abrió mucho los ojos, mirando con asombro a su padre. Luego, soltó una alegre risa:

—¡Oh, papá! —exclamó—. ¿Su nombre? ¡Claro que lo conocen! Ya lo sabían cuando yo volvía a Rutland... Era un nombre muy tonto y vulgar: Smith. Los dueños del coche viejo lo habían comprado de segunda mano, no lejos de allí, a un tratante de coches usados. Dijeron ser el señor y la señora Smith, ¿sabes, papá?

Michael Maskell, repentinamente pálido, ni siquiera tuvo fuerzas para contestar a su hija, que aún reía inocentemente...

* * *

Era como un fardo.

Un fardo, a los pies del conductor del automóvil robado. Bien ligada con cuerdas y esparadrapos en muñecas, rodillas y tobillos. Bien amordazada, con algodón y esparadrapos también. Aquella gente sabía hacer las cosas a conciencia. Muy a conciencia.

Era muy limitada la visión ante ella. A la altura de sus ojos, los pedales del coche. Y los pies del hombre, con su calzado de número pequeño, de tacón bastante alto, para parecer menos bajo, pisando uno u otro: embrague o acelerador, según los casos. El freno, a veces. Muy pocas veces.

Era todo lo que podía ver: los zapatos, los tobillos, con calcetines de color oscuro, de gruesa lana. Y el pantalón, sin doblez. Olía mucho a gasolina. Y ha tapizado de coche.

—Estúpida... —silabeó la voz ronca del conductor—. No has traído más que complicaciones. Ya deberías estar muerta. Como tu novio...

Se agitó en el suelo. No podía hacer mucho. Aún hizo menos, cuando el tacón del conductor la frenó, con un golpe seco en la boca. Sintió el sabor acre de la sangre, entre las encías, y se quedó quieta, dominando el dolor.

—Lo estás enredando todo, Lissa Paluzzi —habló de nuevo el chófer del coche robado. No te olvidaste de nosotros, ¿eh? Has sabido esperar. Y recordar. Todo por aquel imbécil de Douglas Graham. ¿Qué quiso hacer aquel día? ¿Defender el dinero que no era suyo? Por eso murió. No culpes a nadie, pequeña. Tu novio tuvo toda la culpa. Sabía que no podía ganar. Y aún así, hizo aquella tontería. Siempre ocurre igual. Sólo mueren los necios. No nos gusta matar. Pero nos obligan. ¿Por qué no se estará siempre quieto el que se ve amenazado por un arma? ¿Sólo por defender el dinero, la hacienda? El mundo entero es estúpido, Lissa Paluzzi. La vida vale siempre más que el dinero. Más que cualquier dinero.

No podía responder, no podía replicar a todo eso. Al que conducía el coche parecía gustarle la conversación. A pesar de que iba solo en el coche. A pesar de que iba herido...

Se acababa de inclinar sobre el volante. Con un gemido. El coche hizo un extraño, pero al final lo enmendó con un hábil golpe de volante. Roncó el motor dificultosamente. Estaban subiendo una cuesta. Este no era el suntuoso «Cadillac» del motel, ni mucho menos. Costaba trabajo manejarlo en pendientes muy pronunciadas como la de ahora: Y el conductor no estaba en condiciones. La herida del hombro debía doler. Y mucho.

—Sí, debí matarte allí mismo, en el «bungalow» —dijo, tras un jadeo áspero, dolorido, volviendo a erguirse en el asiento—. ¡Estúpida! ¿Quién iba a imaginar que al golpearte yo te escabullirías, rompería yo el espejo... y tú tomarías un trozo de él, para clavármelo en, el hombro? Debí aplastar tu cabeza. Pero no había tiempo. No había tiempo, Lissa Paluzzi. Mi... mi esposa te vio telefonar. Nos vigilabas. Llamaste a alguien, ¿verdad? Quizás a ese federal que nos persigue. No podía perder el tiempo y correr el riesgo, al huir, de que quedaras con vida y hablaras. Por eso estás aquí. Por eso vives aún. Por eso nos has obligado a separarnos, para que cada uno haga su tarea. Has traído demasiadas complicaciones. Demasiadas...

Una pausa. El motor trabajaba mucho. El olor a gasolina era fuerte. Las ruedas patinaban sobre un asfalto resbaladizo, quizás helado. Lissa, inmóvil en sus ligaduras, silenciosa en su mordaza, no podía hacer nada. Ni hablar, ni moverse, ni luchar por su vida, sentenciada irremediablemente por el pequeño esposo de «Julieta Smith». Ella, la mujer cruel e implacable, estaba ausente ahora. Pero eso no cambiaba las cosas. El hombre se bastaba para concluir fácilmente la tarea. Debían de estar subiendo, subiendo siempre.

La respuesta le llegó de labios de su siniestro captor; casi como si hubiera leído sus propios pensamientos:

—Este es un buen sitio: los montes Dorset, pequeña. Altos, con buenos barrancos, muy apropiados para un accidente... —soltó una risa agria, hiriente—. Por uno de ellos te irás tú al infierno, pequeña. Ahí no habrá la menor duda. Ni la más leve posibilidad de salir con vida, ciertamente. No tendré que perder más tiempo. Después de todo, me pillas de paso. Un minuto, quizá menos... y habrás dejado de molestar.

Dejó de renquear el coche. Era como si se iniciara el entierro, tras la música fúnebre. Habían llegado a una altura desde la cual seguramente sería lanzada a la muerte en el abismo.

La sospecha terrible se confirmó bien pronto. «Romeo Smith» frenó lentamente el vehículo. Lo detuvo, con el motor en marcha. Durante unos momentos, sólo se oyó el jadeo del motor, a coche parado.

—Terminaremos enseguida —habló el asesino—. No te haré sufrir inútilmente, pequeña...

Se irguió. Las piernas del hombre se movieron. Ni siquiera las alzas y los considerables tacones, lograban hacerle parecer alto. Se movió, dirigiéndose a la portezuela, que se dispuso a abrir.

Había una abertura ahora, entre Lissa y los pedales del coche.

Vibraba el coche con el ronquido del motor en funcionamiento. Los ojos dilatados, llenos de terror, de la infortunada Lissa Paluzzi, se fijaban en los pedales: el embrague, el acelerador...

No resolvería nada. Pero al menos, serían dos a morir. Ella... y «Romeo Smith». Era la mejor de las venganzas. Y, dadas las circunstancias, la única.

De repente, lo intentó. Rodó sobre el tapizado del coche, encogiéndose las piernas ligadas. No podía soltarse, pero sí flexionarlas. Las flexionó lo suficiente. Pegaron en el pedal del embrague, presionándolo. Simultáneamente, y mientras su captor, desconcertado, se inclinaba para ver lo que podía intentar su prisionera, la cabeza de Lissa, de bruces, fue contra el cambio de marchas. Lo empujó con boca, nariz y frente, en un impulso desesperado. Al mismo tiempo, desvió sus piernas del pedal de embrague.

Era una maniobra desesperada y hábil. Además, eficaz. El coche, con el motor en marcha y con la velocidad metida, al soltar el embrague dio un brusco tirón y se lanzó hacia un lado.

—¡Cuidado! —aulló con voz repentinamente desesperada el asesino—. Pero... ¿qué haces, maldita...?

Se precipitó, con un juramento, sobre el volante. Pero éste se hallaba ahora dificultado por la interferencia del cuerpo de Lissa, con el que tropezó «Romeo», cayendo sobre el volante, que le dio de lleno en el mentón. Aturdido, flotó en una bruma difusa, sin saber qué hacer, mientras el coche se iba hacia el abismo.

Lissa cerró los ojos, en tanto el coche se precipitaba hacia su destino. Acaso hacia el mismo abismo que «Romeo Smith» eligiera para ella. Sólo que el viaje iban a hacerlo los dos juntos. El asesino, estúpidamente encogido en el asiento, no era capaz de hacer nada para evitar el caos.

Capítulo

IX

—No ha vuelto todavía John?

—No, Michael—Stephen Maskell, hermano de Michael y gerente de la «New York Trade» en Saratoga Springs, meneó negativamente la cabeza, con expresión preocupada—. No sé lo que ha sido de mi hijo. Alguien me ha dicho que tiene una novia en Middletown Springs. Ya sabes cómo es la juventud de hoy, Michael. Tal vez debí hacer con John como tú con Virginia: intéralo y darle una educación completa y sólida. Ese fue mi error,

—John es un buen contable y un muchacho eficiente—repuso Michael—. No se pervertirá porque tenga una novia o una amiga, Stephen.

—Para ti, tal vez no. Pero ya me conoces. Soy algo chapado a la antigua, Michael. John merece toda mi confianza. Incluso a pesar de aquellos anónimos que recibí hace un año.

—¿Anónimos? —Michael Maskell frunció el ceño. Ambos hermanos estaban charlando en el interior del autobús de la Convención Navideña de los Transportistas, que les llevaba a visitar los alrededores de Rutland, a través de la densa alfombra de nieve.

—Oh, sí. Olvidé decírtelo entonces, Michael. Disculpa, pero pasé muy malos días con motivo de todo aquello. Fue cuando mataron a aquel chico, Douglas Graham, ya recordarás.

—Sí, entiendo—Michael se tornó hermético, tenso el rostro—. En Albany, ¿no?

—La Policía dijo que fueron «Romeo y Julieta Smith», los asesinos de las carreteras. Tal vez tuvieran razón, Michael. Pero yo recibí anónimos asquerosos. Me decían que vigilara a mi hijo John. Que

alguien había informado a los atracadores de que Douglas Graham, uno de nuestros socios en Albany, llevaba el dinero consigo. Y que ese «alguien» podía ser mi propio hijo. ¡Mi hijo, Michael! ¿Te das cuenta de lo que estoy diciendo? ¡John Maskell... informando a unos criminales! Uno... uno de los últimos anónimos... incluso sugería que John podía ser... «Romeo Smith». Asqueroso, ¿no?

—Asqueroso—convino Maskell, sombrío—. Pero lógico.

—¿Eh?

—Yo he pensado eso mismo muchas veces. Y el F.B.I, también. Todos hemos pensado en la forma que tendrían los asesinos de averiguar que un inocente portafolios contenía miles de dólares. El federal Fisher me preguntó mucho sobre algo así. Yo... yo no pensé entonces en Graham. Pensé sólo en lo que me preguntó Fisher: en mis joyas, las que llevaba Barry Aubrey en el camión. También eso lo supo alguien, ¿eh, Stephen? Ambos hermanos se miraron. La misma terrible sospecha pasó por sus mentes.

—John., lo sabía—jadeó Stephen Maskell, con repentino aire abatido.

—Claro—cortó Michael con dulzura—. Y lo sabía mi esposa, Carol. Y lo sabías tú, y Virginia, y Roy Lawrence, y hasta Garland, tu cajero en Saratoga Springs. Vamos, déjate de ideas atroces. John no es de esos.

—No, John no puede ser... de esos—meneó la cabeza, mirando a su hermano. Apoyó la mano en el brazo de él—. Gracias, Michael. Esta conversación me ha hecho mucho bien...

—Lo celebro—suspiró Michael Maskell. Miró por la ventanilla al paisaje nevado, bello como una postal o un «Christmas»—. Mira. Ya volvemos a Rutland. Según parece los caminos están intransitables por la nieve. Me alegro. No sé por qué, no siento la menor gana de ver sitios de encanto turístico, Stephen.

—Te entiendo. Yo tampoco, Michael—suspiró su hermano. Miró atrás, al asiento posterior, donde Roy Lawrence viajaba solo, ensimismado en la contemplación del panorama del Vermont invernal y pintoresco—. Y por lo visto, otros tampoco tienen deseos de viajar como turistas. Dean Cole se ha quedado en Rutland. Lawrence va solo en el compartimento.

—Sí, Dean no parecía entusiasmado con este «tour» de hoy—sonrió Stephen—. Para ser un convencionista habitual, se mostraba muy decaído.

Algo le pasó hoy, y andaba como sonámbulo. Le oí decir cosas raras.

—¿Cosas raras? ¿A Dean Cole?

—Sí. Cosas así como: «No es posible». «No puede ser así». «Pero... pero yo nunca olvido una cara»... No hay duda de que no es el mismo Dean Cole, jovial y bromista, que era antes de ver morir a aquellos tres hombres en el parador de camiones de Kingston. La tragedia le hizo cambiar mucho, Michael.

—De modo que no tuvimos suerte —rió Michael Maskell—. Para ser la primera vez que viaja en una Convención con nosotros... Cole se porta bastante mal.

Rieron ambos hermanos. EL autobús regresaba, ante la imposibilidad de seguir la ruta fijada, a causa de la acumulación de nieve y de la baja temperatura que helaba las carreteras, haciéndolas una peligrosa pista, posiblemente mortal.

En Rutland, el coche de los convencionistas se detuvo frente al hotel donde todos se reunían. Los Maskell, Lawrence, Virginia y todos los demás descendieron, aliviados de no continuar el viaje.

—Está empezando a nevar otra vez —dijo Roy Lawrence, mirando el cielo gris plomizo, de donde llovían ya los primeros copos blancos, esponjosos, ligeros, precursores de una nevada más copiosa—. Me siento feliz de haber vuelto...

Dos sorpresas les esperaban en Rutland. La primera era grata para Stephen Maskell.

—¡Padre! —llamó una voz desde la puerta del hotel—. ¡Estaba esperándote casi desde que salisteis de aquí con ese autobús!

—¡John, muchacho! —jovialmente, Stephen corrió a abrazar a su hijo—. No sabes lo que me alegro de reunirme contigo ahora... Michael y yo hablábamos sobre eso hace poco...

Se abrazaron ambos. Pero enseguida, el joven John Maskell se apartó de Stephen, para mirarle gravemente e informar:

—Papá, en vuestra ausencia... ha sucedido algo aquí, en Rutland. En el hotel...

—¿Que ha sucedido algo? —Stephen, asombrado, miró a su hijo—. ¿Qué es ello? Tienes aspecto de funeral, muchacho. No será tan grave...

—Es muy grave, sí—asintió un policía de uniforme, apareciendo tras de John Maskell—. Señores, hemos encontrado muerto a un hombre, en su habitación de este hotel. Uno de los miembros de su Convención, señor Maskell. Dean Cole...

—¡Dean Cole! —gritó Michael, con estupor—. ¡Oh, no!

—Sí, señor. Dean Cole. Está muerto. Le asesinaron... de un golpe en

la nuca. Un golpe con una estatua de bronce, hallada en la habitación. Tiene el cráneo horriblemente destrozado.

* * *

Orwell Fisher pegó un respingo tremendo. Se quedó mirando al sargento de la Policía de Manchester Center con aire de estupor.

—¿Eh? ¿Qué ha dicho? —exclamó, aturdido.

—Lo que ha oído, señor Fisher —habló el sargento, todavía con el teléfono en la mano—. Acaban de comunicármelo desde un parador de los montes Dorset. El que informa es un agente de la Patrulla de Caminos. Encontraron el coche a menos de una milla de ese parador desde donde telefonearon la información.

—Dígales que salgo enseguida para allá —silabeó Fisher, muy pálido y excitado, incorporándose de un salto y abotonando su abrigo.

—Está bien, ya se lo diré. Tenga cuidado, amigo. Las carreteras de esos montes son muy difíciles y traicioneras con este tiempo. Y está empezando a nevar otra vez...

Fisher ya no le escuchaba. Acababa de abandonar la oficina de la Policía de Manchester Center. Poco después, el motor de su coche rugía en la carretera, a toda velocidad hacia el norte de Vermont.

* * *

El cuerpo tapado por la sábana pasó ante Fisher, camino de la ambulancia. Los reflectores de los coches-patrulla barrían el sendero, intentando atravesar la cortina de nieve, aunque no siempre lo conseguían. La nevada era ya muy copiosa en esos, momentos. Y más aún en las cimas de los Dorset que en el llano.

—¿Muerto? —indagó Fisher, parado junto a su coche, con el cuello del abrigo subido, las manos sepultadas en los bolsillos.

—Sí—susurró el policía de uniforme, plantado junto a él—. Se aplastó la frente contra el volante, y luego contra el parabrisas y las rocas del saliente de la carretera...

Fisher no comentó nada. Estaba ceñudo, sombrío, algo pálido, aún bajo los efectos de la tremenda noticia. Sus ojos, pensativos, fueron con lentitud hacia la puerta del albergue, que iluminaban los focos de varios de los automóviles policiales y particulares, éstos los mismos que habían intervenido en el accidente, extrayendo a los ocupantes del

aplastado coche.

Una enfermera y un médico cruzaron el porche con rapidez, para reunirse con los empleados de la segunda ambulancia que aguardaba ante el albergue, convertido de súbito en cuartel general de la operación.

—Van a trasladar a Lissa Paluzzi al hospital—explicó el policía, con una sonrisa—. Eso quiere decir que está mucho mejor de lo que se imaginaba nadie...

Fisher tampoco dijo nada. Estaba cerrando la puerta metálica de la primera ambulancia. Uno de los funcionarios se aproximó a Fisher y al agente local, con algo entre las manos.

—¿El agente federal Orwell Fisher? —demandó el enfermero.

—Soy yo—Fisher escudriñó al hombre de blanco uniforme—. ¿Alguna novedad?

—Sí, señor—extendió lo que portaba en la mano. Iba envuelto en un paño blanco, pero ofrecía manchad rojizas, sanguinolentas—. Esto debe usted verlo, señor...

Le abrió el paño. Por un instante, Fisher retrocedió un paso, con un instintivo sentimiento de aprensión. El enfermero meneó la cabeza, afirmando.

—Comprendo lo que siente, señor—dijo—. Pero esto cambia mucho las cosas, respecto al cadáver que conducimos...

Fisher, más sereno, examinó el objeto. Era de cabello castaño claro, abundante y ondulado. Tenía un mechón adelantado, rebelde. Tocó los rebordes, endurecidos por el pegamento. Recordó el frasquito de «mastik», en el «bungalow» dieciséis del «Ethan Allen Motel».

—Es... una peluca —dijo.

—Una excelente peluca, señor—asintió el enfermero—. No nos hubiéramos dado cuenta, de no ser porque el muerto tenía la frente aplastada, y eso se desprendía por delante, de una forma rara.

—¿De qué color tiene, en realidad, el pelo? ¿Cuál es su aspecto?

El enfermero parpadeó. Luego, sacudió la cabeza con aire perplejo.

—Bueno, será mejor que venga usted a verlo entonces —dijo—. Creí que ya sabía la verdad sobre ese cadáver...

Fisher, intrigado, siguió al hombre. Se encaminaron al cuerpo cubierto por la tela blanca, dentro de la ambulancia. Tiró el empleado sanitario de la sábana. Fisher se encaró con la muerte y su horrible faz. Siempre era espantoso ver a un ser con el cráneo hendido de aquella forma. Pero estaba habituado a cosas así. Además, aquél era el asesino

de muchos otros. Y pudo haberlo sido también de Lissa...

—¿Se da cuenta, señor? —murmuró el enfermero, apartando la americana del muerto y mostrando la camisa rasgada, maltrecha, sucia de sangre—. ¿Se da cuenta?

Claro. Orwell Fisher se daba perfecta cuenta. La peluca ya le había puesto en guardia. Casi intuía lo que iba a descubrir bajo aquella sabana.

«Romeo Smith», el misterioso asesino de la pareja delincuente...
ERA UNA MUJER.

Capítulo

X

—¿QUIEN pudo asesinar a Dean Cole en Rutland?

” Todos los Maskell, a una, levantaron la cabeza.

Michael, su hermano Stephen, el hijo de éste, John, y la hija de aquel, Virginia. También escudriñó Roy Lawrence al recién llegado, en el más completo silencio.

—Dígame, ¿sabe alguno de ustedes quién pudo matarle? —insistió el hombre puesto en pie ante ellos, en el gabinete del hotel, sobre cuyas amplias vidrieras golpeaban blanda, suavemente, los densos copos de nieve.

—Oh, señor Fisher, qué pregunta más tonta —masculló de repente Roy Lawrence—. Nadie puede saber eso. Tal vez Cole tenía algún enredo en este hotel, y por eso se quedó, en tanto nos ausentábamos nosotros. Lo cierto es que cuando volvimos estaba muerto.

—¿Duró mucho la excursión en autocar?

—No, muy poco, señor Fisher —sonrió pálidamente la joven Virginia—. En realidad, apenas un par de horas. Tuvimos que volver, por estar obstruidas o muy difíciles las carreteras.

—Eso es cierto —convino Michael Maskell, ceñudo—. Oiga, Fisher, ¿por qué viene a complicarnos la vida ahora con todas esas preguntas? ¿Qué papel representa usted en esto?

—El mismo que ya representaba cuando le visité la primera vez, en su propia residencia del Estado de Nueva York, señor Maskell —expuso Fisher gravemente—. Investigo un delito. Una serie de crímenes atroces, cometidos por una pareja violenta y cruel.

—Oh, ¿eso ahora? —se irritó Maskell, dando un resoplido—. ¿También va a imaginarse que su «Romeo y Julieta Smith» están aquí,

en el hotel de Rutland, y que ellos mataron a Dean Cole?

—Es posible —sonrió Fisher fríamente—. Dean Cole conocía a los asesinos. Podía identificarles, llegado el caso.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué relaciona siempre mi nombre con los «Smith» del diablo? —Michael Maskell estaba realmente enfurecido—. ¿Sólo porque uno de nuestros empleados llevaba unas joyas privadas, y desaparecieron del camión siniestrado? ¿Sólo por eso, señor Fisher?

—Es un motivo —habló con calma el federal, dando lentos pasos por el gabinete. Los Maskell le siguieron con expresiones diversas—. ¿Se ha dado cuenta de una cosa, amigo mío? Siempre hay una relación entre ustedes y esos crímenes, entre los Maskell y los salteadores. O mejor diríamos, entre transportistas y atracos.

—¿Qué insinúa? —se irguió de un salto, sobreexcitado, Stephen Maskell.

—Nada. Siéntese, señor Maskell —pidió Fisher—. Siéntese, y escuchen esto.

Hizo una corta pausa. El padre de John se sentó. El joven, muy pálido, tragó saliva y se mantuvo atento, con la vista fija en Orwell Fisher.

—Primer delito en Nueva York: cerca de Utica. El parador de Tab. Allí, Barry Aubrey, detiene su camión. Recoge a la pareja de asesinos. Es asesinado. Llevaba joyas de Michael Maskell, y trabajaba para la «Acme Traders Inc.», de Albany. Segundo delito: a veinte millas de Kingston, en el parador de Chuck Barney, mueren éste, su cocinero negro Joe Leavenwater y un convencionista, Basil Randell, al quererse resistir al asalto armado de «Romeo y Julieta Smith». Detalle curioso: Randell formaba parte de una Convención de Transportistas que se celebraba en Nueva York. Convención en la que la «Acme» es parte importante, como tantas otras. Incluso la suya, señor Stephen Maskell, la «New Yorker Trade Co.», de Saratoga Springs, en la que es gerente su hijo, John Maskell.

—¿Qué significa eso? —musitó John, dando un respingo.

—Sencillamente lo que he dicho, joven Maskell. No sea suspicaz. Ahora veamos el tercer delito: cercanías de Albany. El «Road House Club». Y en él, una joven pareja bailando: Douglas Graham y su prometida, Lissa Palluzzi. El lleva un portafolios con una importante suma de dinero en metálico. La ha recibido en Saratoga Springs. Esperaba recoger un cheque, no dinero en billetes, y los Bancos están cerrados ya. Regresan a Albany, y se detienen sólo un rato en el club. Es

arriesgado, pero confía en que nadie sabe lo del dinero. Le prometió a Lissa esa tarde de fiesta. Surgen los atracadores. Piden a Graham el portafolios. Se resiste. Y muere asesinado. Ella, la mujer, le mata. La que hemos dado en llamar «Julieta Smith». El dato curioso se repite: ese dinero de Graham fue cobrado en las oficinas de la «New Yorker Trade». Usted, John Maskell, dio la orden de pago. Y el cajero, James Garland, abonó el dinero a Graham. Un dinero de muerte...

—Escuche, Fisher. No sé a dónde va a parar, pero nos alude como si nosotros fuéramos los únicos en saber lo de ese dinero, como lo relativo a las joyas, a la Convención... —era Stephen quien se engallaba, virulento, irguiéndose de nuevo.

—Calla, papá —rogó John suavemente—. Deja que hable el señor Fisher.

—Sí, tío Stephen —apoyó, curiosa, Virginia Maskell—. Déjale terminar...

—Gracias—Fisher hizo otra pausa. Hundió las manos en los bolsillos—. Ya los anteriores delitos, en Massachusetts, el año anterior, habíanse relacionado con otra Convención de Transportistas y con el traslado de objetos de arte valiosos, en un camión especial de la «Acme Traders Inc.». Lo he comprobado ya, señores. Y llegamos ahora a Vermont. Los asesinos aparecen aquí. Se cometen un crimen y un robo importante en un parador de Bennington. Ahí falla la cadena. No se relaciona en nada con transportes ni con ustedes.

—¿Lo ve? —sonrió Michael Maskell sardónico.

—Disculpe, señor Maskell. No se relaciona en sí mismo. Pero ocurre en Vermont. Y averiguo que en Vermont están ustedes. Con su Convención Navideña y todo eso. Otra vez el contacto, la relación directa entre asesinos y transportistas. Podríamos unir a eso otro dato curioso, que descubrió Lissa Paluzzi por sí misma: señalando los puntos de Vermont, Nueva York y Massachusetts donde se cometieron los delitos, todos equidistan aproximadamente entre sí... con relación a un centro, formado por un triángulo que abarca Albany, Utica y Kingston. En su centro casi, está un lugar: Saratoga Springs.

—Otra vez Saratoga Springs —era John, el joven Maskell, quien hablaba ahora. Su tono era agrio, duro—. ¿Qué pretende decir con todo eso, Fisher? Empieza a concretar mucho sus teorías. Parece... parece como si fuera a acusarme a mí de todo lo que sucede.

—Yo no he dicho eso —sonrió Fisher.

—Pero creo que lo está pensando. Diga, ¿imagina que yo... que yo

soy «Romeo Smith»?

—¡Es una idea ridícula, monstruosa! —estalló su padre, alterado—. ¡Fisher, eso carece de sentido! ¡Presentaré una demanda contra usted por injurias y por...!

—Papá, por favor —cortó suavemente John, manteniendo su, fría mirada fija en Fisher—. Deja que el propio señor Fisher responda a eso. No lo ha hecho aún.

—No, no lo hice aún —sonrió a John con cierta sequedad—. Usted tiene novia en Middletown Springs, ¿verdad, Maskell?

—Sí... —tragó saliva, inquieto—. Vengo ahora de allí. ¿Por qué pregunta eso?

—Es curioso eso también—sacó una agenda y consultó algo—. Me han informado de que un coche fue robado allí, estando usted en la población: el coche de la señorita Maskell y su profesora, Odile Bancroft.

—¡Cierto! —Virginia dilató sus ojos, aturdida—. Pero... pero eso no significa...

—Señorita Maskell, déjeme a mí explicar lo que significa. El que robó su coche, dejó allí otro, de segunda mano. Adquirido por «el señor y la señora Smith».

—¿«Romeo y Julieta Smith»? —interrogó John, aturdido el gesto.

—Es posible, al menos, coincide todo. Y coincide su estancia allí con el robo. Como coincide su llegada aquí con la muerte de Dean Cole. Tengo también referencia a ciertos anónimos que usted recibió una vez, señor Maskell...

Stephen palideció. Alterado, lanzó una pregunta brusca:

—¿Quién... quién le ha informado de eso, Fisher?

—Otro anónimo—rió sordamente el agente del F.B.I. Guardó la agenda, con un gesto brusco—. En suma, las cosas parecen ir marcando un rumbo: los transportes, primero. Los Maskell, después. Su coche fue hallado, señorita Maskell.

—¿De veras? —se asombró Virginia.

—Sí. En un motel de Manchester Center. De allí huyeron los «Smith» a pie, hasta robar otro coche por el camino. Se separaron. Y «Romeo Smith» se quedó con una nueva pareja: esta vez, forzada. Lissa Paluzzi, ligada y amordazada, dentro del coche. Se la llevó a los montes Dorset, para despenarla allí fácilmente.

Se había hecho un silencio. La propia Virginia, asombrada, indagó:

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—Lissa Paluzzi vive, señorita Maskell —se volvió lentamente a John Maskell—. En realidad, ella no recordó, durante mucho tiempo, que los Maskell pagaran a su novio la cantidad en billetes. Hasta hoy, hasta esta misma noche, no me lo dijo.

—¿Hoy? —John enarcó las cejas—. Dice usted que la han despedido...

—No, no dije eso. Dije que se la llevaron para despenarla. Pero Lissa Paluzzi es una chica de recursos. Logró estropear los planes de su captor. Está sana y salva. Con magulladuras y algunas heridas, pero a salvo. La han conducido al hospital de Dorset. Yo hablé con ella hace pocas horas.

Hubo un silencio denso. La misma pregunta debía de estar en todas las mentes, pero nadie atinaba a hacerla, y Fisher parecía dispuesto a aguardar que ellos se la formularan.

Por fin, fue Virginia Maskell quien, vacilante, con voz trémula, indagó:

—¿Y... y «Romeo»? ¿Han dado con él?

Fisher, muy despacio, se volvió hacia ella. La contempló, afirmando lentamente con la cabeza.

—Sí, hemos dado con él. Esto se lo probará...

Una de sus manos, hundidas en los bolsillos del sobretodo, brotó con algo, un objeto que dejó caer sobre la mesita situada entre él y los cuatro Maskell. Roy Lawrence, en un rincón, parecía un simple comparsa.

Todos los ojos se clavaron en el objeto. Un movimiento de estupor y de extrañeza se extendió entre ellos.

El objeto era un peluquín de cabello castaño, con un mechón muy pronunciado. Aún se veían las oscuras manchas de sangre en su borde y cabellos.

—Es todo lo que queda de «Romeo Smith» —habló lentamente Fisher—. Lo demás está en la Morgue. No tuvo tanta suerte como Lissa Paluzzi, al estrellarse el coche contra un muro de la carretera...

—¡Oh, no! ¡No! —chilló Virginia, horrorizada—. ¡Odile! ¡Odile...!

Todos la miraron con asombro. Fisher, grave, remachó:

—Eso es: Odile Bancroft, su profesora... Está muerta. Ya no volverá a hacer el papel de «Romeo Smith»... JUNTO A USTED, SEÑORITA MASKELL ¿O prefiere que la llame... «JULIETA SMITH»?

Capítulo XI

JOHN, Stephen y Michael Maskell, Roy Lawrence. El propio Orwell Fisher, duro y sombrío. Eran todos ellos. Cinco hombres mirando a una mujer. Una mujer que poco antes parecía una muchacha, una adolescente, casi una niña.

Ahora, algo había cambiado en ella. Ya no era muchacha, ni adolescente. Y, mucho menos, niña.

Era una mujer. Una mujer pálida, crispada, patética, rígido el rostro lleno de terror, de inquietud, de desesperación.

Sabía que la habían descubierto. Al fin, la máscara caía. Los ojos juveniles, ojos pardos y chispeantes, se tornaban graves, sombríos, oscuros. La boca carnosa, sensual, risueña, tomaba un rictus tremendo de dolor, de amargura, de dureza. La piel toda se tensaba, como una careta de goma extendida sobre facciones invisibles y tirantes.

—¿Qué... qué ha dicho? —jadeó, con un hilo de voz—. No... entiendo...

Pero sí entendía. Incluso entendía su tío Stephen, lívido de horror. Y entendía su primo John, demudado. Y su padre, con alucinado gesto...

—Fisher... —silabeó Michael Maskell—. ¿«Romeo Smith»... era Odile Bancroft?

—Sí—fue la lenta, fatídica respuesta—. Era la profesora, señor Maskell. De ahí su baja estatura, su esbeltez, su aire frágil. Era Odile Bancroft... bajo las ropas de hombre, la voz áspera, bien imitada... y ese peluquín que nos engañó a todos mucho más que lo hicieran las pelucas de distintos colores de su hija Virginia. Lo siento. Créame que lo siento, señor Maskell. Y no son simples palabras. Los dos somos hombres. Yo... puedo casarme un día. Y tener hijos. Tener una hija...

como su Virginia. No me gustaría. No podría ser el mismo nunca más. Me pongo en su lugar. Soy policía, pero quizás por ello mismo soy humano. Entiendo lo que ocurre. Entiendo lo que siente. Y lo que va a sentir en el futuro...

El silencio era tan espeso que de repente la sala parecía llena de manteca, y sólo un cuchillo podría ser capaz de henderla. Virginia, blanca como el papel, se encogía, se arrugaba. De sus ojos brotaban lágrimas. Lágrimas ardientes, que corrían por sus mejillas frías.

—Odile... —susurró—. Odile...

Maskell padre miraba a Fisher. Stephen Maskell y su hijo John, miraban también a Fisher. Fue John quien habló antes que nadie:

—¿Ellas dos eran la pareja «Smith»?

—Sí, John. Eran ellas. De ahí el error de todos. De ahí la búsqueda inútil. Huían dos personajes definidos: hombre y mujer. De pronto, uno cambiaba. Volvía a ser mujer. ¿Quién detenía a dos mujeres?

Nadie. La patrulla examinaba el coche, lo dejaba pasar de largo. Sucedió siempre. Buscaban a un hombre y una mujer, no a dos mujeres. Hoy he sabido que Odile Bancroft, antes de maestra de la Academia Femenina de Schenectady, fue actriz teatral aficionada. Bastante buena, y propensa a interpretar papeles masculinos. Claro, yo antes no podía saber eso.

—No, ni yo tampoco—susurró Michael Maskell, desolado.

—Odile... Odile... —fue el murmullo de Virginia, como un eco doloroso y remoto.

—Pero... ¿por qué, Fisher, por qué? —gimió Stephen—. Mi sobrina es rica, dispone de lo que desea, tenemos fortuna... No necesita robar, asesinar, delinquir... ¿Por qué?

Era un «¿por qué?» patético, demoledor. Fisher lo entendía. Era el mismo «por qué» de muchas gentes, de muchas familias honradas, acomodadas, de muchos pueblos, razas y países. El «por qué» amargo y demoledor de una época, de una generación descompuesta y equívoca.

—Tal vez usted mismo ha respondido a eso—suspiró Fisher lentamente—. Ella es rica, dispone de lo que desea, tiene fortuna... No necesita robar, ni matar. En realidad, no necesita nada. Es eso, realmente, lo que la juventud precisa para ser mejor. Creo que nuestro error, el de todos los de esta época, está en eso: damos demasiado a los nuestros. Pretendemos que sean mejores, por el simple hecho de no necesitar nada. Y tal vez les criamos equivocadamente. Les, dejamos lejos del ámbito familiar, del calor del hogar. Hay muchas «Odile

Bancroft» por el mundo. Hombres o mujeres, ¿qué importa? No es el sexo el que cuenta, sino el contacto, la amistad, la influencia. Pudren la fruta sana. Y surge la inquietud, la juventud que «mira atrás con ira». Los inconformistas, los «rebeldes sin causa», tontos pero peligrosos. Falta equilibrio. Falta moral, faltan muchas cosas. Y al final... al final, tenemos casos como éste. Claro que Virginia no necesita nada. Pero vive emociones, se hace cruel, siente el deseo de hacer algo grande, de ser notable a su modo, de enfrentarse a una sociedad que desprecia, con la violencia en sus manos y en sus sentidos. Odile anima ese fuego. Ella se lucra. Ella se siente satisfecha, porque en el fondo, con toda su cultura y sus estudios, es otra inconformista. En vez de enseñar a vivir y a ser digna, enseña a morir, matar, a ser feroz, cruel con los demás. Es un signo de superioridad en nuestros días. No ser débil, no ceder. Ser audaz, probar fortuna en lo más arriesgado, burlarse del mundo, de las leyes, de las vidas, de todo lo respetable y honesto que aún nos queda, no sé por cuánto tiempo...

Enmudeció Fisher. Nadie le pidió aclaraciones. Todos lo entendían. Todos comprendían que tras sus palabras, se escondía un motivo peor aún que la codicia, mil veces peor que la locura o la ambición. Un motivo estúpido... que ni siquiera era motivo. Pero que costaba sangre, vidas, ruina...

Michael Maskell era un espectro, un simple pelele lívido y aturdido. Los demás, formas atormentadas, maltrechas, heridas en lo más hondo.

—Entiendo muchas cosas—jadeó de pronto John Maskell—. Mi prima Virginia estudia en Schenectady... Venía a menudo a verme a Saratoga Springs. Podía saber cosas, averiguar datos de las empresas de transportes...

—Sí, John—corroboró lentamente Fisher, inclinando la cabeza—. Y entonces, su cómplice, Odile Bancroft, discutía el plan con ella. En realidad, no es Saratoga Springs el centro real de ese radio de acción diseñado por Lissa Paluzzi sobre un mapa. Es un lugar muy próximo, haga la prueba: Schenectady, precisamente. La academia femenina de esa localidad... Odile ocupaba el cargo de profesora, y a la vez de encargada de pupilaje. No le era difícil salir secretamente de allí, con su cómplice. Virginia y ella, con su identificación de «Romeo y Julieta Smith»... Los «tórtolos». Era su papel. Un ingenioso papel. Todos buscaban una pareja. Novios, amantes, esposos o cómplices. Pero nunca a dos chicas. Bastaba cambiar luego las apariencias. Y resultó siempre. Virginia sabía las cosas de los transportes de su padre, su tío o usted, su primo John. Lo demás era sencillo. Podré probarlo todo, ustedes lo

saben. He llamado a Linda Lou, una chica que iba al parador de Tab. Al propio Tab. A los convencionistas del grupo de Randell. A muchos testigos, Virginia. Ya la identificó Cole, y usted le mató; eso sucedió antes de salir de excursión, ¿no es cierto? Pero no le sirve de nada. Otros van a identificarla... La identificarían, si usted no se hubiera delatado ya con ese peluquín de Odile Bancroft, su cómplice e inductora en todo esto. Ambas mataron. Ambas son igualmente culpables. Odile presentará cuentas ante otro Tribunal. Usted... ¡Cuidado! ¿Qué hace?

Gritó Fisher, como si tratara de detenerla. En realidad, a juicio de John Maskell, ni lo intentó. Lo que hizo fue cruzarse, impedir que Michael Maskell la diera alcance. Chocaron ambos hombres. John y su padre, Spencer Maskell, no llegaron a moverse.

Virginia era rápida. Muy rápida. Tanto como en sus audaces «golpes» junto al ficticio «Romeo».

Cruzó la sala como una exhalación. Alcanzó el gran ventanal encristalado. Lo salvó, hendiéndolo en un brinco terriblemente impetuoso y audaz. Su padre chilló, pugnando por recuperar el equilibrio, tras su choque con Fisher:

—¡Virginia! ¡Hija...!

Era inútil. El hotel de Rutland, situado sobre una de las nevadas lomas de Vermont, asomaba a un declive pronunciado, con la carretera al fondo.

La gran vidriera se quebró, se hizo astillas de vidrio al paso del cuerpo femenino, proyectado como un alud a través de su enorme, estrellado boquete.

Afuera, sonó el grito prolongado de la muchacha, como algo que se helara en medio de la nieve, de la baja temperatura, del invierno navideño de Vermont...

—¡Virginia! —sollozó Maskell.

E incapaz de dar un paso más, se abatió de bruces en un diván, rompiendo en sollozos.

Fisher corrió ahora hacia el ventanal. Se asomó, abriendo bruscamente el pestillo. Había una terracita muy breve, con una barandilla de madera. Estaba rota esa barandilla. Aproximóse a ella, con precaución, luchando con el viento helado y las ráfagas de blancos copos.

Abajo, estaba la carretera. Y los coches-patrulla que vinieron tras él, acordonando el hotel. En medio, entre un remolino de carreras, voces y reflectores entrecruzándose, un cuerpo de bruces, aplastado y roto:

Virginia Maskell. «Julieta Smith»...

—Es inútil—oyó decir a un agente de uniforme, inclinado sobre el cuerpo—. Está muerta, Jim...

Se apartó. Dentro, Michael Maskell sollozaba. Y los Maskell, Stephen y John, le miraron sombríamente.

Fisher no dijo nada. Se limitó a menear la cabeza, afirmativo. John tragó saliva, se humedeció los labios, casi angustiosamente. Stephen cayó en el diván, junto a su hermano anegado por el llanto.

—Es lo mejor—susurró John, amargo. Contempló a Fisher con fijeza—. Gracias, amigo. Eso ha sido, lo mejor... para todos. Especialmente, para tío Michael...

Fisher volvió a asentir. No dijo nada. Pasó junto a John, junto a los dos hermanos Maskell. Salió del gabinete del hotel.

Un policía, en el exterior, le sonrió.

—Han llamado por teléfono, señor—dijo—. Desde el hospital de Dorset. Hay una joven que está inconsciente, pero que sólo repite su nombre una y otra vez. Es Lissa Paluzzi...

—Sí, gracias...

Fisher llegó al exterior. Subió a su coche. Habló breves palabras con un teniente de la Policía de Vermont.

—El caso ha concluido, teniente—murmuró—. No moleste a los que están ahí dentro. A los periodistas, dígales que hubo un infortunado accidente... y la chica se mató. El caso terminó en Dorset, con la muerte de «Romeo Smith». ¿Ha entendido?

—Creo... creo que sí, señor—asintió el teniente, con gesto grave—. Descuide. No se hablará más de lo debido. Todo será como usted dice.

—Gracias—suspiró Fisher—. Usted... ¿tiene alguna hija, teniente?

—Dos, señor.

—Entonces no necesito decirle nada más.

—Claro que no, señor. Ya le dije que entiendo bien.

—Sí. La gente siempre entiende bien ciertas cosas... —meneó la cabeza Fisher—. El mundo no es tan malo como creen algunas personas. Personas como Odile Bancroft...

—...Y como otras, ¿verdad, señor? —habló el teniente, significativo.

—Sí. Como otras... —puso el motor en marcha. El coche comenzó a arrancar lentamente sobre la nieve de Vermont—. Adiós, teniente.

—Adiós, señor. ¿Asunto terminado?

—Asunto terminado, sí. «Julieta Smith»... ha desaparecido.

Cualquier cadáver de mujer no identificado... servirá. Cualquiera, teniente. Y sea cuando sea.

—Sí, señor. Ya había pensado en ello.

—Lo suponía—Fisher le sonrió tristemente. Agitó su mano—. Me voy a Dorset, teniente. Cuando una mujer que amó mucho a un hombre y se jugó la vida por su memoria, pronuncia el nombre de otro en sus delirios... es que ha empezado a olvidar, ¿no cree?

—Por supuesto, señor Fisher. La vida siempre sigue adelante. Todo se olvida. Todo. Lo bueno y lo malo.

—Todo se olvida... Espero que sea así. Para todo el mundo, teniente. Para todo el mundo. Adiós. Creo que me necesitan más en el hospital de Dorset... que aquí.

—De acuerdo, señor.

Fisher sonrió. Ya pisaba el acelerador. Ya partía sobre la carretera nevada. Hacia Dorset. Hacia el hospital de aquella localidad. Hacia Lissa Paluzzi.

Después de todo, como dijera el teniente, todo se olvida. Lo bueno y lo malo. Olvidaría Michael Maskell. Olvidarían todos. Y olvidaría Lissa.

Para cuando empezase a olvidar, quizá necesitara ayuda. El estaría entonces a su lado.

Se perdió el coche de Orwell Fisher, agente federal, por la larga carretera cubierta de nieve.

La carretera que ahora no ofrecía peligros ni amenazas al viajero.

La carretera que ahora volvía a ser abierta. Sin emboscadas. Sin asesinos. Sin sangre.

FIN



EDITORIAL ROLLÁN

ha creado para usted esta extensa serie de bolsilibros, cuidando una esmerada presentación, mas reales y mejores argumentos y una perfecta selección de los mas famosos autores que garantizan la alta calidad de

ER

OESTE

PATRULLA
DE COMBATE

COLECCION

Romance

FBI



RURALES
de TEXAS

EXTRA-OESTE

GANGSTERS

y
LA
COLECCION
SIN RIVAL

FBI

Aparecen los jueves

Editorial Rollán, S.A.
Amaro García, 17 - MADRID-5

PRECIO DE ESTE VOLUMEN
8 Pesetas

NOTAS

¹ Ethan Allen: histórico personaje de Vermont. A su alrededor se agruparon los colonos para defender sus tierras, y en 1775 se unió a Benedict Arnold, y juntos se apoderaron del Fuerte Ticonderoga, ocupado por los británicos, escribiendo una gloriosa página en la historia de la Independencia americana. Se le llamó a Ethan Allen «el Robín de los Bosques de Vermont». (N. del A.)